

SILUETAS LIRICAS

1156) (182-78) Rumazo

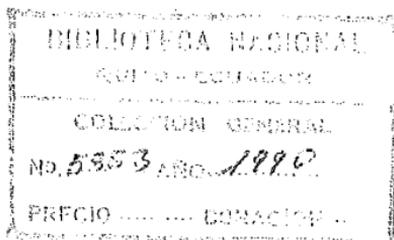
BIBLIOTECA ECUATORIANA

DIRECTORES: ALFONSO Y JOSE RUMAZO GONZALEZ

SERIE INDEPENDIENTE

El Sr. Nicolás Jiménez, a quien
he integrado este libro, con
agradecimiento,
ALFONSO RUMAZO GONZALEZ

SILUETAS LIRICAS
DE POETAS ECUATORIANOS



0001145 - J.

EDITORIAL BOLIVAR
QUITO

Ref. 1734
x.ii - 1950
42000

PROPIEDAD DEL AUTOR

Reservados todos los
derechos.—1932.

EDITORIAL ARTES GRÁFICAS de Cándido Briz Sánchez.-Venezuela, 01.-Quito.

M A R Y C O R Y L E

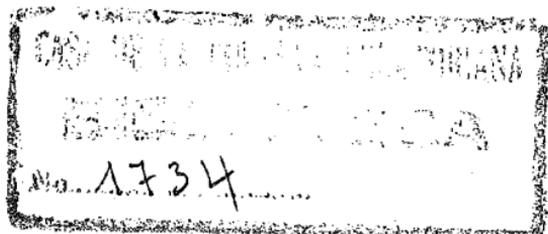
¡Todavía la discute el criterio pueblerino. ¡Todavía le rechazan las mentes inquisitorias. Qué hermoso es ser flor arrancada de la madre tierra por causa de la propia beldad, con el sino de beber la vida en el convencionalismo de un florero.

Mary, cuerpo espiritual como Juana de América, voz del amor poscido, canto de la fecundidad creadora y de las juventudes desbordantes, aleteo de caricias y alma de besos, es sin duda la más audaz poetisa ecuatoriana, por lo mismo la mejor. Aurora Estrada, Natalia Vaca y otras, matizadas están aún por el muaré crepuscular neo-romántico que engendraron algunos "Hermes" en Guayaquil y que tanto difundieron por todo el país los Borjas y los Silvas. Mary conserva todavía una estela de aquella luz, que no es ahora felizmente su sustancialidad.

La obra estética de esta gran poetisa cuencana, tan próxima por la sangre y tan alejada por el verso, y quizás por la vida, del enorme Remigio Romero y Cordero, significa la donación divina de la feminidad anhelante. Su nota habitual es el "canto del amor pleno"; su vibración es optimismo, sus apasionamientos, violencia suprema; la artista se hace desear en sus cantos, el hermetismo de su pudor descubierto florece una poesía de intimidad supraterránea, las sinrazones del prejuicio social y la falsía de las sinceridades aparentes van rodando desgajadas en peregrinación al olvido; del recato nacen las altiveces, de la injuria brotan espumantes las ternuras, y siempre, al final de la canción, caen dulcemente los pétalos de los ojos sobre la paz de un ensueño nuevo.

Declárase sensual. El sensualismo estético es hermosura firme, poderosa y de elevada sonoridad? Si, sobre todo en Mary, porque no estatuye fruición voluptuosa, ni decadencia sentimental, ni recurso de arte, ni tortura íntimamente añorada u ocultada. El sensualismo poético, cantado así, revela dinamismo inmaterial, la carne se ilumina de alma, los quererres se asolean en mares de amapolas y la caricia exaltada penetra en el misterio del inconsciente morbo sexual por donde el mundo sigue viviendo y amándose.

Condonar el sensualismo estético es no haberlo sentido, ni presentido, ni comprendido; no todo se halla al alcance de todos, por más que todos llevemos la penetración sensitiva de la materia que canta su himno prodigioso. Acaso es posible aislar el espíritu del cuerpo? No son uno y otro la maravillosa unidad humana? La poesía sensual reverbera en ese intimismo y vibra con trémolos inmortales; ahonda en la sencilla complejidad de tendencias diferentes; sutaliza el placer del hombre y de la mujer, a cuya sombra se ha alcanzado la más elevada sonoridad de inspiración; cubre con polen de oro las corolas humedecidas; hace de la vieja felicidad la dicha perpetua; y, flor de juventudes o melodía auroral, perfuma los naturales anhelos con la maravilla de los suspiros diáfanos y con el humo transparente de la llama en que se acrisola el cuerpo corazón. El sensualismo artístico en el jardín femenino es la donación o la espera. Esperar para entregarse, hablar en todas las músicas únicamente una palabra "mío, mío", soñar, siempre soñar en compañía, realizar a fuerza de ensueño la máxima fecundidad, ir caminando con los brazos abiertos y con los labios rebosantes de besos, viajar hacia "él", aunque él no llegue, aunque tarde, sentir en todo instante el cielo de la unión, el paraíso de la entrega total, sólo por realizar la vida.



así en la gran nobleza de la pasión desinteresada, no significa hacer de la existencia un campo de luciérnagas poseídas de luz? Rome-ría santa la de la sensualidad artística, peregrinación infatigable hacia un dios inmortal: el amor. Canto supremo, grito de América a cuya posesión se lanza el mundo.

Psicológicamente, el proceso en los cantos de Mary Corylé entraña la divagación estética. No hay plan, ni preconcebida tendencia; no entra la razón a forjar caminos; es arte de eclosión pura, de fantasía pura, con una alteza y una sencillez que declaran inmediatamente el vigor y la fuerte emoción. Delicadezas cristalinas, profunda intención en el detalle, ascensión constante en el fuego de las estrofas, máximo en el final, como si cada vez se tratase de un soneto, sutilezas exclusivamente femeninas, y por encima de todo, diáfananamente, las alas de un cariño intenso. Carecen los poemas de finalidad. Se practica el pensamiento de Neruo: la finalidad del amor está en el amor mismo. Este espíritu esfuinado y tan penetrante no aleja la lógica y la orientación, cada paso va hacia el fin, de cada tallo brotan robustos los pétalos, y en el prisma de la inspiración, sin vagar por lejanías, se diluye luz ardorosamente. Todo lo cual revela, aún a la mirada profana, la prepotencia de una poetisa de primer orden.

De Mary Corylé prosista habría que tratar aparte y extensamente. Su predilección en esta forma es el cuento; la vida de la fantasía perfora las realidades para introducir su vaho creador; el criollismo pone el colorido y los matices novedosos. Cuenta con la sencillez de Teresa de la Parra y con mayor ingenuidad y soltura que Muñoz Cueva. Amorosa divagación femenina podría definirse su cuento. También ha escrito sobre diversos temas ajenos a la fantasía. En todos acierta. Como en la Ibarbourou, su mérito supremo es la sencillez sincera, es decir la verdad, que dirían los clásicos. Su sol no da sino llamas espontáneas. Alma blanca!

SELECCION:

Bésame

*Bésame en la boca,
tentación sangrienta
que en el marfilino
color de mi tez
tu mirada aloca;
bésala, tuya es.*

*Toma y aprisiona
mis labios, retenlos
mucho, mucho tiempo
dentro de tu boca
y quede en la mía
la huella imprecisa*

de tu beso eterno.
Ahoga mi risa,
sofoca mi aliento
con tu dicha loca:
bésame en la boca.

Bésame en la frente:
mi frente es muy blanca,
muy blanca....
Tu beso ha de ser
como un roce de alas
para ese diáfano
blancor de mi frente.
Con la dulcedumbre
del despetularse
de una margarita;
con la levedad
de la mariposa
que besa a una rosa;
con el misticismo
del nardo que muere
al pie del Santísimo:
con esa dulzura,
ese misticismo
y esa levedad;
piano.... quedamente....
bésame en la frente.

Bésame en los ojos
con tu mejor beso:
un beso desnudo
de mulos antojos.
Juntando tus labios
puntos en mis ojos,
como si posaras
tu alma sobre ellos;

como si besaras
la imagen bendita
de tu madrecita....
Bésame en los ojos
con tu mejor beso:
mis ojos son buenos,
mis ojos son tristes,
mis ojos ignoran
la maldad del beso;
qué saben mis ojos
de tus sueños rojos?....
Por eso;
con tu mejor beso,
con piedad y uación,
cual si te llegaras
a la Comunión;
pura, santamente,
sin darme sonrojos:
bésame en los ojos.

Bésame en los senos:
armiño escondido
tras la cavidad
leve del vestido;
inquietante dió
de rosas gemelas;
dormidas palomas
en un mismo nido;
de esencia de vida
llenecitas pomas.
Mis senos.... mis senos....
blancura encendida
con yemas de rosas.
Mis senos....
ondulantes, plenos:
bésame en los senos.

Abáame en las manos:
mis manos piadosas
y varilativas;
mis manos que ungieron
múltiples heridas;
manos que ahondaron
muchísimas vidas....
ágilmente
mis manos tentaron
en sus vidas simples,
diáfanas de arroyo
y otras pecadoras
de suicio torrente.
En tu boca ardiente
pon, sobre la albura
nubia de mis manos,
y duérmela en ella
para que se torne
más buena tu boca.
Si vieras:
cual curan mis manos
la lepra deforme,
las llagas más vivas
de muchos Hermanos;
y los dejan limpios....
y los vuelven sanos....
Bésame....sí....bésame,
bésame en las manos.

Bésame en los pies
y no pienses que es
un capricho mío:
bésame en los pies....
Ellos no han hollado
huertos florecidos;
no les ha lamido
cariciosa el agua;
sino que se han ido
sangrientos, dolidos
por una espinada
vía de dolores.
¡Ay, cuánto han sufrido
mis pequeños pies!....:
sendas desoladas,
arenas candentes,
crispadas pendientes,
estepas heladas
saben de mis pies;
saben de la sangre
que en ellas lloraron....
y de las crueldades
que les lastimaron....
¡Ay, cuánto han sentido,
cuánto....ya lo ves.
Por ésto: arrodíllate,
bésame los pies.

Sin tener corazón

Sin tener corazón.....entonces dónde
anida mi Dolor?

Sin tener corazón.....en dónde, en dónde
quema la llama viva de mi Amor?

*Sin tener corazón : los espinares
de mi sangrienta vía saben de él.
Sin tener corazón y mis cantares
en dónde se estarían sino en él?*

*Sin tener corazón y soy tan pálida:
será acaso una fúnebre crisálida
la pálida mujer sin corazón?
Sin tener corazón Y los Poetas,
los Dolidos, los Tristes, los Ascetas,
son los Hermanos de mi Corazón.*

ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

Terminada la lectura del tomo "Romanza de las Horas" el alma sueña y recuerda:

"una flauta solloza en la dormida
soledad de la noche silenciosa,
una flauta perdida
misteriosa
y doliente"

que eso es el alma del poeta que allí canta,
un alma sutil, dulcísima, melodías de flauta
engolfadas en la pupila negra de la noche, un
alma en la soledad, perdida, dolorosa, ola de
mar siempre cana e inquieta, huyendo y bus-
cándose a sí misma, cumpliendo su misión de

" sufrir, soñar, cantar"

exclamando a veces, al principiar el camino:

"Oh dolor insondable, desolada amargura
de no hallar en la senda ni la flor de un cariño,

y sentirse al comienzo de la jornada dura
con cerebro de viejo y corazón de niño”

escuchando otras el grito de su fuerza interior:

“Oigo en la sombra a veces una voz que me advierte:
poeta, sobre tus ruinas, yérguote vencedor,
deja la flauta débil de tu canción inerte
y alza el himno a la vida, al orgullo, al vigor”.

para al fin de la jornada no tener entre el labio
otra exclamación que ésta:

“Yo sueño que mis alas proyectan de sus vuelos
la débil sombra errante
hoy bajo claro cielo,
mañana en un distante
cielo brumoso y gris”

Noboa Caamaño es el poeta que canta hacia las seis de la tarde; delicada, fascinadoramente, con matices de crepúsculo, dando a la enamada un alma de tristeza, haciendo llorar a los pétalos heridos por los vientos de la tarde; todos los versos del gran vate guayaquileño parecen sombras trémulas que quizás vagarán en las horas de la noche por entre el silencio doloroso de templos y claustros coloniales, en busca de paz, en querrela de amor, en lúgubre queja de prisión, en anhelo de encontrarse con la allí encerrada: la muerte; todos los cantos de Noboa dicen libertad apre-

anda por una víbora invencible: la vida; para él, el camino se ha presentado cubierto con arenas que dan sed, lleno de espejismos que fatigan la mirada, regado con espinas invisibles, marcado con las lindes de lo interminable, de lo terrorífico, y él va caminando sobre esa senda

“ indiferente
ante el mal de la vida y ante el bien del amor”,

por eso, cuando su sueño ve en las lontananzas un mar, siente una honda nostalgia y dice desde lo más torturado:

“Hay tardes en las que uno desearía embarcarse y partir sin rumbo cierto, y, silenciosamente, de algún puerto irse alejando, mientras muere el día”.

La melancolía infinita del poeta es lo que nos hace amarle intensamente: quién no ha sufrido en la vida? y, sin embargo, quién ha sufrido como él con tan puro refinamiento, con tan inmaculada amargura, con una mezcla tanta de anhelos, de sedes, de sueños? La obra de su corazón, esos versos de tristeza de ruiseñores o de nostalgia de sirenas, se difunde como el retoño de las luces sobre los campos de la aurora, hace allí la luz, pero una luz impalpable, de fosforescencias melancólicas

torturadas por la vehemencia de perfeccionarse, de completarse. Quienes han leído a Noboa no pueden olvidarle, ni los que gozan, ni los que gimen, ni los enjorados con los rubios de la fe, ni los crucificados en el leño de la duda; para todos ha cantado el poeta, sin embargo de haber durado su canción un amanecer de verano tan sólo; a unos ha dicho:

“..... Fue un amor de divinos excesos,
ese amor que los males ensalma
con el suave calor de los besos
que florecen de estrellas el alma”,

a otros ha contado:

“Hoy mancho con la sombra de mi melancolía
este blanco sendero que perfumó tu huella:
cuán lejos de tu vida va pasando la mía
con la desesperanza de no encontrarte en ella!”

los creyentes pueden escuchar su voz que pide
perdón:

“Perdón para mi culpa, perdón para el olvido
en que hace tiempo, Señor yo te he tenido,
y vuelve a mí tus ojos de bondad.....”

y ante todos dice así su desilusión:

“De qué vale una ansia viva
de fe y amor y ser sincero y fuerte,
si la vida es tan sólo una furtiva
lágrima en las pupilas de la muerte!”

Siempre el alma de la inspiración de Noboa Caamaño fue el dolor causado por la ausencia del amor; halló muy triste la vida, desde el principio se sintió vencido, no quiso luchar, prefirió entrar en el jardín de las pasionarias para saturarse de perfumes envenenados; su ideal fue cantar, como el ideal de las vírgenes claustradas, y cantó con notas tan transparentes y temblorosas que su vida se extinguió, se agotó, torturada, como se extinguen y se agotan las voces tímidas de los violines:

“Del más mínimo esfuerzo mi voluntad desiste,
y deja libremente que por la vieja herida
del corazón se escape—sin que a mi alma contriste—
como un perfume vago, la esencia de la vida”;

hay veces en que el poeta siente tanto dolor
que anhela morir:

“.....y sueño ante los reflejos
del rubio astro vagabundo:
partir al fin!..... lejos, lejos
de este mundo!”

pero antes quiere olvidar su pasado de esperanzas, ilusiones, febriles ensueños; sin embargo ese pasado revive a cada paso, no por amor de lo que pasó sino por despecho:

“vivir de lo pasado por desprecio al presente.....”

entre ese pasado seguramente hubo días de plenitud, porque el poeta exclama de vez en cuando:

“Fue en el viejo jardín, todo olores,
una tarde callada y sombría;
tú cortabas piadosa unas flores
para el ara lustral de María”,

mas, enseguida viene el contraste, se nota inmediatamente el destilarse del licor amargo que la vida ha puesto en el corazón del cantor:

“Nuestro beso es beso de olvido.....
y este amor con la muerte se aúna
como un rayo de sol diluido
en un triste reflejo de luna”.

Noboa no es un poeta pesimista, es simplemente una alma que sufre intensamente, que sufre de manera excepcional: haciendo del dolor un canto; no es un corazón maltratado, es una gota de sangre que en las inmensidades de la soledad se embellece con todos los colores indefinidos del iris. Cuando quiere pintar lo hace con la maestría de quien ha diluido su alma en el paisaje, moja los pinceles en el propio corazón y traza las líneas de su propio espíritu doliente. Su filosofía es:

“Ir haciendo camino sobre un yermo de abrojos
mordidos por el áspid de la desilusión,
con la sed en los labios, la fatiga en los ojos,
y una espina dorada dentro del corazón”.

El alma de muchas almas es Noboa Caa-
maño, inconfundible, amado, envidiable; él es
una rosa con las espinas vertidas hacia el
interior del tallo, una rosa plantada en el
jardín de nuestra primavera constante, y que
crecerá, crecerá perpetuamente:

“La flauta melodiosa
sigue tañendo lánguida su queja.....”

SELECCION:

Brisa de Otoño

I

*En silencio..... la luna en el agua
de la fuente..... tu voz..... y la queja
que mi vida romántica fragua
contemplando el amor que se aleja.....*

*Tu pupila nostálgica y vaga
se ha perdido en la azul lontananza
donde pálida y triste se apaga
una estrella..... como una esperanza.....*

*¡Recordemos el tiempo lejano!
—nuestra brece y azul primavera—
el antiguo calor de tu mano
y el lugar de la cita primera!*

*Fue en el viejo jardín, todo olores,
una tarde callada y sombría;
tú cortabas piadosa unas flores
para el ara lastral de María.....*

*¿Por qué se arma de espigas la rosa?
.....en tu brazo brotaron claveles,
y mi boca probó temblorosa
de esa sangre preciada las mieles.*

*.....Fue un amor de divinos excesos,
ese amor que los males ensalma
con el suave calor de los besos
que florecen de estrellas el alma.*

*Contemplaron las frondas mis ansias
y la sombra veló tus pudores,
y el azahar te cubrió de fragancias
con el manto nupcial de sus flores.*

*Y era todo calor y ruido,
y era todo perfume y canción,
¡era todo sendero florido
en el campo de mi corazón!*

*¿Por qué tienen los besos espinas?
 ¿por qué ocultan ponzoña las flores,
 y el veneno las bocas divinas
 y la hiel los más dulces amores?*

*Ya tu pecho mi ardor no provoca,
 ni me incita tu labio sedoso,
 ya no aroma el clavel de tu boca,
 ni tus cantos arrullan mi ensueño!*

*Nuestros labios se juntan con frío,
 nuestros ojos se miran con pena,
 se ha tornado tu acento sombrío,
 y mi voz con tristeza resuena.*

*Nuestro beso es un beso de olvido.....
 y este amor con la muerte se aísla
 como un rayo de sol diluido
 en un triste reflejo de luna.....*

.....

*Ya en el cielo se borran matices,
 ya la luna se va marchitando,
 y me miras..... y nada me dices.....
 y te miro..... y me alejo llorando.....*

Romanza de Otoño

*Lentas y angustiosas mañanas sombrías.
Grises nubarrones
como procesiones
de antiguos recuerdos y melancolias
que van perfilando
el camino incierto de las lejanías.*

*Sobre el viento loco
se van deshojando
parques y avenidas
may pogruto a poco,
.....como nuestras vidas.....*

*La mañana mustia
rims su uniforme vaguedad de tono
con nuestro abandono
y con nuestra angustia;*

*Como un fino encaje
de suave matiz,
se va destendiendo sobre alma y paisaje
la gama del gris.*

*Las tristes palabras brotan a jirones
como hojas caídas
del árbol frondoso de los corazones.....
Una hoja..... otra hoja.....
y en tanto,
se nos llena el alma de intensa congoja
y nuestras pupilas se nublan de llanto.*

*Lloramos por todo lo que nunca ha sido
y que pudo ser,
por lo que ya es ido
y no ha de volver,
ensueño vencido,
camino perdido
y el calor de nido
que tenía el regazo de aquella mujer!*

*¡Oh malaventura,
estrella funesta,
de nacer con esta
sublime locura
de la poesía!
Vivir siempre al margen de la vida, en esa
fiebre de armonía,
de ensueño y belleza
que nos hace esclavos de toda ilusión,
e ir hilando, ajenos a nuestra pobreza,
sueños de grandeza,
ebrios de ambición.
..... En tanto rebosa vino de tristeza,
como un hondo cáliz, nuestro corazón!*

*Contemplamos sobre nuestras propias ruinas
trocadas las flores de ayer en espinas;
y, entre los escombros y la oscuridad,
a mirar ansiosa nuestra vida alcanza
que ensaya su vuelo la última esperanza
con la certidumbre de su soledad.*

*En la abrumadora
mañana sombría,
van, hora tras hora,
tejiendo su danza de monotonía;*

*y, apenas estuvia
el sol perezoso su luz tenue y rubia
entre una cortina
muy fina
de lluvia.*

L O S H E R M E S

Cuando un balazó rompió para siempre las alas del niño-gigante Medardo Angel Silva, la conmoción en el ambiente literario guayaquileño produjo el grupo "Los Hermes". Tratábase de continuar la vida iniciada ya con el desaparecido, y al mismo tiempo de reverdecer su memoria con floraciones de mucho arte y mucha vida. Impúsose entonces en el Ecuador, de manera poderosa y duradera, con marca indeleble, el neo-romanticismo poético. Ya estaba sembrada la simiente desde el año doce; faltaba encerrarla en el invernadero de la escolanía para que se robusteciese al calor de la vida tibia y borrascosa del romanticismo auténtico a lo Noboa Camaño y Arturo Borja. Los Hermes realizaron ampliamente su idea; aún no desaparece de esta patria el neoromanticismo, por la principal razón de que es fruto espontáneo del ambiente sereno, apasionadamente clarolunar,

rumoroso y de limitaciones femeninas que es el nuestro. Cualquiera vanguardia, cualquiera voz del siglo, instituye aquí la desarmonía; precisamente por ésto nuestra vanguardia lleva en sí, cuando es verdadero arte, quilates de valía grávida. El siglo diecinueve se prolonga aún, en los ensueños dulces de la existencia romántica que llevamos. Qué idilios tan sinceros, qué amores tan sencillos, qué suaves emociones al pie del balcón, y en la butaca invitante y en el silencio de nuestras calles dormilonas. Perfume de la felicidad terrena, vibraciones sutiles de un Edén contagiado de sueño musical, alta entonación de una voz pretérita preponderante todavía por estos rincones El mundo nos ha olvidado porque no le conocemos; el canto triunfal de la maquinaria moderna y la plenitud de las velocidades omnipotentes en su cielo de libertad ilímite, son para nosotros un cuento, una alegoría, ruidos que tememos. Dichosa edad inocente! Los neorománticos pretendieron poner la voz del siglo en este romanticismo, y ante la fuerte resistencia de una paz que iba a ser desgarrada, se precipitaron, en loca sed de emoción intensa, al galope sobre la serranía del placer de la sobreexcitación; rompieron los frenos, las vidas mismas se desbarataron, filtradas hacia el aniquilamiento a través de la jeringuilla de inyecciones o por

la rajadura de los cristales con ajenjos. La paz, hija primera del sueño, murió en los neo-románticos; nació el arte de la tortura; los versos fueron dagas en vuelo voraz de pasión; el poema cantó desorbitadamente; el cuento y la novela forjaron mundos de venturas mór-bidas; hasta la locura penetró por esos espiri-tus en llamas. El arte triunfó a costo de vidas. Eternidad azul del sacrificio estético!

Los Hermes fueron pocos: tres mujeres y algunos hombres. *D'jenanna*, talvez nuestra mejor escritora de poemas en prosa, exéntrica, vestida a lo oriental como en el poema de Loti, la Jorge Sand del cenáculo, la inspirada e inspiradora. *Aurora Estrada y Ayala*, poderosa poetisa, cuyo libro "Como el incienso" sigue aro-mando nuestra literatura. Su hermana *Haydée*. *Enrique Segovia*, el enorme poeta, medio ase-sinado ya por la locura de intensidad emotiva, autor de "La danza de las sombras", conser-vada hasta hoy en la caverna hórrida del in-editismo. Los *dos Remigios* de Cuenca: Ro-mero Cordero y Tamariz Crespo; el primero de mayores vuelos que el segundo; ambos cóndores andinos. *Miguel Angel Granado y Guarnizo*, cuyo cerebro cedió a la superexcita-ción nerviosa, y cuyo proyecto de "El libro inútil" realizado ya, es todavía una luz incóg-nita para todos. *Hugo Mayo*, dadaísta, her-mano del ya casi silente José María Egas.

Ricardo Darquea, azuayo, cuyo libro "Alba otoñal", aparecerá muy pronto. *Miguel Angel Barona*, compañero hoy de Silva en la insípida interrogación de las tumbas; sus versos y sus cuentos se quedaron desparramados entre los pétalos de la tarde. *Sergio Núñez*, fecundo, infatigable; le retó a la vida por irónica y contradictoria, le acusó por injusta; pobre, se puso al lado de los pobres; la vida le ha castigado por el reto: Núñez lucha como héroe para seguir viviendo, poderoso en rebeldías y optimismos, y ha contestado al castigo con doce o más libros. *Alfonso Rubén Irigoyen*, lo mismo que *Luis Albisuri*, han preferido vivir el arte antes que escribirlo. *Leopoldo Benítez*, dulce cuentista en prosa y verso. *Falquez Ampuero*, distinto de los demás por sus tendencias parnasianas, robusto vate de la mentalidad del diecinueve; y *Joaquín Pino de Icaza*, el Benjamín, el aristócrata elegante, fumador de los venenos orientales, autor de "El libro de horas", aún ajeno a la imprenta. Llegaron a publicar una Revista.

Iban Los Hermes las noches a recitar los versos de Silva sobre su sepulcro del cementerio; cenaban juntos, bebiendo en una misma copa, que la rompían al terminar el círculo. Una casita de la plaza Centenario y el salón Venus eran los templos en donde se hacían las interminables e íntensas veladas de arte.

Comunicábanse constantemente con los demás escritores del país, sobre todo con Jorge Carrera Andrade, Hugo Alemán y los del grupo Caricatura. Pensaron con salir del Ecuador en peregrinación de arte por la América; el ensueño se rompió a golpes de la fatalidad: no había dinero.

Constituyen Los Hermes la primera sociedad literaria espontánea y original de nuestra literatura.



HUMBERTO FIERRO

Parece que aún va vagando por la vía, parece que el tálamo nupcial de sus amores con la hermosura tiene todavía frescos labios de azahares. Qué doloroso es ver cómo trasmontan las lunas con quien soñamos en la silenciosa quietud de la noche, cómo se van lentamente, irremediabilmente, los aromas, y se desvanecen, se pierden, sin que podamos detenerles, sin que nuestro amor alcance a aprisionarles. Vivimos del adiós, como de una sombra detrás de otra sombra en la interminable procesión de nuestros anhelos; no hay quien contenga la fatalidad del diluirse de la luz; es imposible impedir que al fin se cierren los párpados de la vida, cuando el reloj del destino ha dado la campanada última.

Partió el poeta, soñando, ambicionando quizás amores inmortales en la vida de ultratumba, queriendo hallar allá la vida de los

seres que cantó y el alma de los paisajes en que solía sumergirse con voluptuosidades de artista insaciable, después de haber hallado

“.....que el mejor bien del suelo es una puerta al valle y un piano sin consuelo”.

La música fue la obsesión del poeta: música en el verso, música en el campo visitado, música en el piano. Comprendió la excelcitud del arte intangible, divinizado, regado en el mundo como lluvia de arcoiris sutiles con la misión de elevar a los espíritus a la perfección. Y fiel a lo de su interior ajeno al vulgo, poseído de la majestad de los seres superiores, aún en el fondo de la realidad humillada, amó siempre con predilección la música selecta, la magníficamente inspirada y certeramente grabada, la de List, la de Chopin, la de Wilde, la de Rubén Darío, sobre todo. En el alma de Fierro se nota el paso de las brisas beneficiosas de esos grandes maestros; con esa brisa veníanle los aromas ultrahumanos, se saturaba de ellos, sentía hondamente la realidad sublimada y se ponía a cantar, con ternura, calladamente, rememorando las pasadas visiones, ampliando todo con los anchos horizontes del simbolismo, cruzando sin descanso y con lucidez de visión por los empolvados caminos de la mitología, acariciando de vez en cuando las

mejillas de los queridos libros como si fuesen las mejillas amadas de alguna ilusión.

A veces canta perdido en el arenal doloroso del recuerdo, mirando en las lontananzas impávidas, con sed en los labios, con la inmensa fatiga del vivir, o con la desolada desesperanza del extraviado; pero no da una lágrima; sufre silenciosamente, con estoicismo de valiente, como habituado a la terrible contradicción entre el ensueño y la realidad. Entonces se siente decentrado, fuera del camino que debió tomar, que ignora cuál debió ser; pero se mantiene firme, taciturno, invulnerable, nunca vencido, siempre superior, colocado en la coronación del estrecho marco de la vida. Nada le importó sino su sueño; lo demás estaba a su lado, pero nunca dentro de él; apetecía lo que alcanzaban los demás, quería el amor, la belleza de la realidad, la inmensa iluminación de todo lo externo; no sólo quería sino que buscaba todo eso de alegría, de fruición; estaba dispuesto a gozar de todo, ampliamente, con delicados refinamientos; se ponía ya en el caso de la felicidad, y cantaba:

“La tarde estival se inicia
en la celeste sonata
con sus oros y delicia
de plata.

En sus dulzainas armónicas
van repitiendo las brisas
ecos vagos y sinfónicas
sonrisas”.

“Yo tuve en provincias
las tardes celestes
que doran las notas
del pífano tenue,
mientras Afrodita
se baña en la fuente
y bailan la ronda
los elfos alegres”.

Pero el rumor trágico de la verdad de la existencia, el frío aletear de las quejas adoloridas, y la mirada lánguida de las penas crueles, llegaban hasta su frente en las horas de lúcida visión, y cegaban brutalmente los ojos del soñador. Allí era cuando el poeta, herido en la intimidad, conservando el rostro austero y silencioso, pedía una melodía triste a la lira de su espíritu, y se ponía a llorar, intensamente, misteriosamente, abriendo los ojos interiores y meditando, entre el caer lento de las nieves, que el destino suele nevar sobre las almas demasiado ardientes y poderosas como volcán. Y con valor sobrehumano no imploraba consuelos, no se deshacía en lamentaciones, ni nunca se desesperó; hizo, simplemente, sencillamente, de su dolor una sinfonía arcana, puso en las extremidades de sus padeci-

mientos una luz de sonrisa, como las estrellas ponen rayos trémulos en el rostro de su soledad. Decidió siempre continuar por el sendero, cargado de sus desilusiones como de flores marchitas, agobiado casi siempre, nunca vencido, esperando quién sabe qué, aguardando quién sabe a quién

“Queda entre los recuerdos mi juventud amada que no ha de acompañarme con la desilusión. No quiero buscar glorias ni quiero buscar nada, porque en cualquiera senda me pesa el corazón!”

Y pensar que jamás recordarás mi vida que de una saudade sin nombre estás llenando! Pensar que te encontré por pasear mi herida en una tarde triste que se iba deshojando!”

“¡Oh la sentimental pobreza de los que ni una flor cortamos, porque fue hostil la maleza para la prisa que llevamos!”

“Las voces humanas de las mandolinas llenan de dulzura la tarde otoñal, y el alma suspira mirando sus ruinas en la melancólica lucha mundanal”.

Humberto Fierro no nació para vencer: vino al mundo para sentir la armonía de las cosas. Por eso, todo comprendió, en todo trató de profundizar. Y si la malquerencia

del destino le hubiese llevado en las mejores horas del día, seguramente habría logrado propagar todo lo dictado por su intensa sensibilidad. Desgraciadamente, la mayor parte de su labor queda inédita; habrá quién publique lo que falta; será posible que se pierda el esfuerzo de un misterioso peregrino del ideal? Hay luces que se apagan por causa de los hombres; esto es un crimen. Humberto Fierro debe seguir viviendo entre nosotros no sólo por lo de su "El laúd en el Valle", sino también por lo que debe asomar y que se quedó en el escritorio a la hora de la visita de la muerte.

El dulce y valiente poeta, que hace poco veíamos pasar por nuestras calles, ensimismado, pensativo, debajo de las alas grandes de su sombrero como debajo de una sombra benigna, sintió hondamente el sarcasmo de las realidades, no se asustó, tuvo la sonrisa mágica que poseen los abismados en los éteres de la altura:

"Nunca ha de ser amor el que encontremos
después de que la vida revolvamos
de tanto buscar.....

Amor será el que en vano rebusquemos:
el fantasma del sueño que encontramos
un día, sin' desear!"

Ese sarcasmo nació de los terribles golpes con que le oprimió la vida; su corazón fue vendido en los mercados de la falsía, de la tración. Sintió que el amor volaba colmado de felicidad por sus venas; mas, el vicnto fatídico de otro corazón, congeló implacablemente lo de esas venas, y para siempre. Por más que después el poeta quiso encontrar en el camino una tienda compasiva, por más que con los ojos humedecidos anheló ver una figura bendita en la penumbra de su noche íntima, nadie le salió al encuentro sino el fantasma de un ladrón y la trágica melena de la que no supo comprender. Por eso Humberto hizo salmos a lo deniás, a lo que es bello pero frío, y todo comparó con lo de su espíritu, tan dolorosamente que sintió la corriente de una desesperación tímida en el fondo:

“Hay flores que resaltan en la grama
de los templos caídos, tristemente,
como surge en el fondo de la mente
un recuerdo que nunca se embalsama.....”

Pobre alma silenciosa, trémula como un violín centenario, ahogada dolorosamente en los perfumes de lo soñado, de lo tan lejano, bajo la sombra de flores de cariño reverente....

SELECCION:

Pascua de Resurrección

*¡Oh, lágrimas cantoras de las campanas viejas
Que tocan y repican lo mismo que en sus quejas!...
Campanas poetas
Que lloran y que ríen,
Campanas dannunzianas
Que con Grieg sonríen
Y que con Verlaine lloran,
Y hacen vibrar a vuelo
La copa azul del cielo,
Y todas conmemoran
La Pascua milagrosa de la Resurrección
Y todas dan y dan
Su enloquecido son
Como el millar de bronces de la ciudad de Irán.*

*Los templos bizantinos y las iglesias góticas
Que mueve en sus columnas el órgano severo,
Voltean repicando metálicas, despóticas,
Sus lágrimas de acero
Sobre mi corazón,
Y dilatando van
Fragancias de Carón
Que aroman el suspiro de rosas de pasión.....
Din, dán,
Din, dón,
En la mañana florida como el estilo de Ossian.....*

Rondó galante

*Tus pupilas me recuerdan esas muñecas tranquilas
Que hacen pensar en el valle primavera del Edén.
Tus ojeras me recuerdan el perfume de las lilas
Y los valeses de Chopin.....*

*Siempre tendrás el encanto de una heroína de Poe
En el platino de una velada sentimental,
Cuando tus manos divinas tocan el laúd y el oboe
Como en el tiempo feudal.*

*Por la esmeralda apacible de un retiro que te nombra
Paseas como Malvina por el poema de Ossian,
Y los almendros floridos te dan la mullida alfombra
De las huris del Korán.*

*Los lirios del monte riman con tu frente sin perfidias
Cuando sales a caballo como la hija de Thor,
Y son tus labios sinuosos, como trazados por Fidias,
Una romántica flor.*

S E R G I O N U Ñ E Z

Nadie ha sido combatido como él. No le han hecho guerra sólo los hombres, sino la vida. Entre cualquier paso ha tenido la honda lucha que se revela en las grandes arrugas de su rostro; a cada bofetada ha tenido la sabiduría de arrancarle una lección, un consejo, la delicadeza de una estrofa o la polifonía de páginas novelescas. Los invencibles son así, y los artistas también.

Pertenece a las pintadas cercanías de Ambato, por la cuna; por su obra es absolutamente ecuatoriano. Ni poesía, ni novela, ni cuento, ni la sentencia, ni el comentario, ni crítica o costumbrismo le colocan fuera de las lindes nacionales. Por extensión de similitudes paisajistas sería americano; europeo pareció en los comienzos, pero el beso que le dió en la frente Aurora Estrada, le volvió a la nacionalidad.

En su iniciación literaria fue voz autorizada entre "Los Hermes", por donde pasaron tantos buenos y tantos grandes: Remy Romero, Silva, D'jenanna, Leti Castillo Comenzó por la bohemia. Él también escaló los muros del cementerio para recitar versos sobre la tumba de Silva; él también rompió la copa en el éxtasis de las grandes orgías; él también imprimió en las páginas de la Revista del grupo algo del alma superexcitada que llevaban todos entonces. Naturalmente, el canto de aquellos días no tuvo sino plenitudes mordorés, dolorosas, ateridas de frío y ahorcadas de desengaño. Así se escribía: era la moda francesa, superada quizás. Soñó con un placer máximo, el viajar; los del grupo soñaban Y los sueños, sueños son. La producción del principio, de jardinería romántica, sobre todo en el verso: "Hostias de fuego", "Aurora boreal", "El alma de la siesta", ha permanecido en el poeta, pero no de manera única o definitiva; antes fue el predominio, ahora constituye un matiz hermoso. El romanticismo del siglo 19, reformado según las más nuevas tendencias, queda aún en nuestra literatura. Se llora menos que antes y se declama menos también; pero el intimismo, la divinización de la mujer, el culto de la doliente corazonada interior, se perpetúan, porque el paisaje, las maneras de vida, la fuerza social centrípeta nuestra, ene-

miga de toda dislocación, lo imponen. Quienes vuelan por encima de tales obligaciones realizan obra titánica, combativa, incomprensible, hasta ininteligible para las mentes viejas. El alma de Sergio Núñez ha bebido las evoluciones. Esto solo, le exalta. El gran enemigo del arte es el estancamiento; la prima flor, flor-veneno, del estancamiento es la vejez espiritual. Juventud-evolución, divino tesoro. Senilidad estética, humana flaqueza acreedora a la compasión.

Abundantísima es la producción del escritor tunguraguense: unos quince tomos, apenas la mitad de ellos publicados. A cada dolor nuevo, a cada experiencia última, Núñez contesta con un verso más, o una novela, o un cuento. Porque es pobre se ha declarado socialista; la injusticia ordena reacciones, la desnivelación quiere nuevas orientaciones. Reflejo de luchas y de obligadas ideologías son sus novelas, y son sus ideaciones de la "Esfinge interior". Su verso, fundamentado en grande ilustración, con patrón romántico, corresponde a un Gutiérrez Nájera con alma de Anatole France. Imaginación audaz, intensa; robustez indómita; desprecio burlón de la vida; amor inmenso a ella, por causa del amor; creación antes que interpretación; cáliz armonioso de metáforas y relampagueo con poemas entre valentía y cariño. Casi media

producción está en verso, sin filigranas, sin arquerías, a plena luz, en cuya omnipresencia relucen hasta los dolores.

La parte desarrollada en forma de novela o de cuento, ante todo tiende a la costumbre; es fotografía espiritual; la persona y el paisaje, los ambientes y las circunstancias crean realismo rítmico, absorbente a voces y hasta aprisionante. El diálogo, más meditativo que activo, sugiere con relativa intención. La sinceridad ha sido el gran bien y es el gran mal de este escritor: el concepto social excluye la sinceridad, por más que el máximo secreto artístico resida espiritualmente en ella. Casi todas las novelas de Núñez son vividas u observadas directamente; para escribir así se requiere haber vivido mucho y poseer ojos con alma. Hay tantos ojos sin alma, sobre todo femeninos! Núñez no tiene predilección de temas; su tendencia sí es la gente pobre de dinero. Escritor fácil, penetrante, audaz en el sentido de que desconoce limitaciones, ha cavado muchos espíritus; éstos le han mostrado su osamenta, despojados ya del convencionalismo. La realidad espirituosa que nace del realismo vital del mundo, supera con frecuencia a la psicología. El hambre, la traición, el adulterio, la infamia, lo mismo que la gran altura, se devaloran con la interpretación. Los cuadros a gran colorido, ahondan

más en la mente del lector que toda divagación o desarrollo temático a la manera escolástica; lo uno es la vida; lo otro es vida ajena, intromisión.

Es preciso y urgente que la existencia, y los reguladores de ella por ahora, hagan justicia a quien ha forjado arte con admirable constancia y generosa elevación. El grito de los olvidados, algún día tendrá su resonancia.

SELECCION:

Proscapia

*Soberbio histrión, rebelde mendicante
del Ensueño, que hostiga sin fortuna,
hacia las soledades de la luna,
su Claviteño aerirago y errante.*

*Me tachan de fantástico y vibrante,
y se clavan las burlas una a una
en mi alto murallón de edad moruna,
del bestial, del servil, del mercadante.*

*En mis palacios de quimera, han visto
hacerse Dios la humanidad de Cristo,
y la inspiración, envuelta en tules*

*impalpables, traer su copa llena
para la sed ingente de mi pena,
de un remoto raudal de ondas azules.*

A todos

*He pasado mi vida de orfandad y de frío:
de un sueño colgado, como Cristo doliente,
nadie me ha dicho: "¡Toma y sigue hermano mío!
no peques más y limpia el barro de tu frente".*

*Como un hilillo de agua, lloro mi trova triste,
tan enorme es la carga y desigual el suelo.
Mi cantar agoniza, frito de azul y alpiste;
mi ciprés se desgaja, antes de dar el vuelo.*

*Y nada más yo entiendo, sino bruir de estrofas
la mal trenzada danza de la vida grotesca;
y no decir denuestos a las buidas mofas
y hundirme en el tonel, cuando la turba crezca.*

*Como arma fina y pulcra, mi pluma rutilante;
el perdón evangélico a la ira de un mandoble;
servil jamás, ni injusto, aunque pobre y errante,
y enemigo de dólares y de partida doble.*

*Si es un genio el que sopla y rugen huracanes
en mi lírico espasmo, no lo sabréis vosotros;
no me llaméis a escuelas, ni a Ormuz ni a Arimanes;
dejad llegar a Grecia a mis alados potros.*

*Yo estriaré el oro del metal monetario
con mi porfiada rima, y que brame el judío,*

*de ambiciones colmando mi cordial incensario,
sin apartar los labios de mi castalio río.*

*Y aquel sapiente Hipócrates que ha bebido la ciencia,
como el mar de las fuentes, deshaucia mi locura,
y de drogas emporca mi celeste dolencia,
dejando abierto el cáncer de la Literatura.*

A R T U R O B O R J A

Este "bardo casi niño" pasó por la vida como un cometa que iluminase las sombras sólo durante una noche, pero cuya estela se perpetuara indefinidamente sobre el mundo y sobre los espacios interastrales; vivió lo que el suspiro de una doncella, lo que la lágrima de una onda deshecha, lo que el vuelo de una mariposa junto a la llama. No tuvo tiempo sino para cantar, para hacer del canto una oración, para orar amando, en medio de sus versos:

"Canción de amor
oración mía
pálida flor
de poesía";

"... sale a los labios la canción,
el alma
dice, sin voz, una oración" ...

La inmortalidad vino en su busca cuando apenas tenía veinte años: era tiempo de la coronación, había fiesta de espíritus, se habían recogido las rosas tempranas en el jardín de la hermosura, los almíbares y las mieles destilaban lágrimas rubias por entre el ramaje del laurel, los canarios devolvían el canto de las alboradas y de las tardes de sol; el poeta partió, le llevaron las musas sobre sus senos rozagantes, le pusieron en la vía de la luz y de la paz, juraron con besos ser su perpetua compañía. . . .

“Fué como un cisne blanco que se aleja
y se aleja, suave, dulcemente,
por el cristal azul de la corriente
como una vaga y misteriosa queja”.

La obra de Arturo Borja pinta casi siempre el yo del poeta, un yo tierno ante todo; esa alma parece que nació del pétalo de la amapola: temblorosa, pálida en el fondo, con los colores del amor en los labios; al más leve remusgo se estremeció, el calor intenso le hizo desmayar, el frío produjo arrugas prematuras en su frente; siempre buscó al amor, pero con delicadeza, casi con timidez, como si buscara un perfume de lilas entre los demás perfumes del huerto; sufrió las desilusiones del amor, y ante ellas no pronunció el reproche, ni quiso destilar el veneno del despecho: sólo contó su pena a la propia alma:

“..... tú te fuiste
dejándome en el misterio
como nadie, solo y triste”;

“para tí mi pensamiento,
para tí mi corazón,
para tí, flor de tormento,
mi pasión!”

muchas veces el recuerdo es lo que hace vibrar las cuerdas de ese espíritu dulcísimo, un recuerdo triste, como casi todos los recuerdos de las almas hondamente sensibles:

“Mi soledad y tu recuerdo, oh qué dulzura!”

y como si ese recuerdo le fuese tan doloroso como para reclamar justicia o venganza, el vate enseguida derrama la voz de perdón:

“..... llenos los labios de perdón, y el alma propicia siempre a derramar ternura”.

Este cantor, “flor de tormento”, vivió íntimamente la vida de los insaciables, porque fue superior; alguien dice de él que “al recitar versos imprimía en ellos un tono de melancolía que semejaba salmos religiosos pronunciados en los días de la Pasión”; y por sentir así con tanta penetración la belleza doliente del universo poético, fue triste, apresado en los hilos de la muerte del dolor. Noboa Caamaño dice así de su más querido amigo, de Borja:

“Dolor, sueño y canción: tal la extinguida
llama en que ardió tu espíritu sediento”.

En todos los versos este poeta niño deja
caer el tinte de la sangre de su corazón mar-
tirizado, en cada paso que da abandona dolo-
rosamente algo, cada verso es una sonrisa
menos en la mejilla pálida:

“Por qué tengo, Señor, esta pena
siendo tan joven como soy?
ya cumplí lo que tu ley ordena:
hasta lo que no tengo lo doy”;

“.....esta tristeza enorme que me quita la vida,
que me asemeja a un pobre moribundo que reza
a la Virgen, pidiéndole que le cure la herida”;

“Sólo amargura traje del país de Citeres.....
Sé que la vida es dura, y sé que los placeres
son libélulas vanas, son bostezos, son tedio”.

Cuando el dolor penetró muy profunda-
mente en esa alma trémula, hubo en el poeta
deseos de resistencia, de liberación:

“Por qué esa obstinación en dejar mi alma inerte,
turbando mis deliquios con su mirar lejano?”

“Madre locura, quiero ponerme tus caretas,
quiero en tus cascabeles beber la incoherencia,
y al ritmo de sonajas y al són de panderetas
frivolizar la vida con divina inconciencia”;

o se produjo en ese interior, aplicado a la poesía, lo que Arturo Borja tuvo siempre para todo cuanto le rodeaba: un aristocrático desdén, una sonrisa y una ironía que, si bien le alejaron de muchos, le hicieron más amable a la mirada de los íntimos; con esa sonrisa que jamás el vulgo es capaz de percibirla, escribió seguramente el poeta:

“Hermano, si me río de la vida y sus cosas,
notarás en mi risa cierto rezo de angustias,
sentirás las espinas que hay en todas las rosas,
comprenderás que casi mis flores están mustias”.

“Y esta tarde yo he visto que en mi jardín murieron
pobres rosas rosadas que enterraré mañana”.

Si el poeta quiteño habló tan sentidamente de lo de su interior, con colores no menos resaltados habló del medio en que él se había colocado, como esmeralda en oro: la naturaleza:

“La brisa viene leda y númerosa
rizando el agua muerta del pantano,
y un surtidor romántico y lejano
desata una elegía dolorosa”;

“.....una tela de araña temblorosa
bajo el pálido beso de la luna”.

Su pasión, pasión de juventud, fue la mujer: a ella cantó, de ella dibujó las líneas immaculadas, sobre rostros femeninos hizo caer el perfume de su melancolía; allí encontró el nacimiento de las hermosuras, allí estaba el soñado edén; su *cabellera* ensortijada entrelazó con los bucles y las crenchas, puso el labio sobre las manitas alargadas, cerró los párpados al peso de los otros párpados, y dijo:

“Te haré una rima de encaje con sutil hilo de luna,
cantaré a tus ojos puros una canción de cristal,
y soñaré con el oro de tus cabellos en una
mañana primaveral”;

“Mi último beso
morirá en tus ojeras,
mi último beso
se alejará, camino de las quimeras”.

“.....tu frente
bajo del áurea lluvia de tus cabellos daba
sensaciones de paz y eucaristía”.....

Si la vida se hubiese mostrado más amante de Arturo Borja, éste habría sido nuestro mejor poeta moderno; pero no alcanzó a dar de sí más que contadas piedras preciosas; ojalá estas joyas no se extravíen en la incuria de nuestro tiempo.

SELECCION:

Visión lejana

*¿Qué habrá sido de aquella morenita,
—trigo tostado al sol—que una mañana
me sorprendió mirando a su ventana?
Talvez murió, pero en mí resucita.*

*Tiene en mi alma un recuerdo de hermana
muerta. Su luz es de puz infinita.
Yo la llamo tenaz en mi maldita
cárcel de eterna desventura arcana.*

*Y es su reflejo indeciso en mi vida
una lustral ablución de jazmines
que abre una dulce y suavisima herida.*

*¡Cómo volverla a ver! ¿En qué jardines
emergerá su pálida figura?
¡Oh, amor eterno el que un instante dura!*

Primavera mística y lunar

*El viejo campanario
toca para el rosario.*

*Las viejecitas una a una
van desfilando hacia el santuario
y se diría un milenario
coro de brujas, u la luna.*

*Es el último día
del mes de María.*

*Mayo en el huerto y en el cielo:
el huerto, estrellas como rosas;
el cielo, rosas como estrellas.....
Hay un perfume de consuelo
flotando por sobre las cosas.
Virgen María, ¿son tus huellas?*

*Hay santa paz y santa calma.....
sale a los labios la canción.....
El alma
dice, sin voz, una oración.*

*Canción de amor,
oración mía,
pálida flor
de poesía.*

*Hora de luna y de misterio,
hora de santa bendición,
hora en que deja el cautiverio
para cantar, el corazón.*

*Hora de luna, hora de unción,
hora de luna y de canción.*

*La luna
es una
llaga blanca y divina
en el corazón hondo de la noche.*

*¡Oh luna diamantina,
cúbreme! ¡Haz un derroche
de livida blanca
en mi doliente noche!
¡Légate hasta mi cruz, pon un poco de albura
en mi corazón, llaga divina de locura!*

.....

*El viejo campanario
que tocaba al rosario
se ha callado. El santuario
se queda solitario.*

AUGUSTO ARIAS

Este magnífico poeta, delicadamente infantil, aristócrata hasta en sus timideces, pertenece al número generoso que en los últimos veinte años ha renovado la literatura nacional desligándola de las normas pretéritas y de las altisonancias clásicas.

Desde que prendió la llama de su iniciación hasta cuando los triunfos repetidos lo han colocado entre los dilectos, su inspiración ha sido igualmente fecunda y poderosa. Sus ojos soñadores, ingenuos siempre, no han querido alcanzar a las lontanías infinitas en donde se confunde todo con amor de inmensidad, ni han pretendido encerrar en la negrura de la pupila el azul abarcador; se han quedado constantemente prendidos del ensueño diminuto, baladí para los que no encuentran el placer del detalle, casi imperceptible, como con los rubores de las rosas.

Nuestra naturaleza de paisaje silencioso, la majestad de los volcanes que desdeñan el poderío humano, la fiereza de la selva, la sorda conmoción subterránea, hacen infaliblemente en el alma de nuestros poetas un gran dolor, una indefinida nostalgia, un no sé qué de violeta trémulamente sonoro. Cuando se agigantan los oros deslumbrantes del día, no hay en la ciudad ni en los campos, ni siquiera en la selva el himno matutino atronador que brota de la vida despertada; el ambiente ecuatoriano es tranquilo, meditativo, pausado, casi místico; la paz patriarcal ha impedido que se estableciesen luchas por la vida; el estoicismo resignado llueve la gracia de su sonrisa desdeñosa sobre la maravilla del renacer; el triunfo de la luz es aquí una resonancia vaga de músicas lejanas. El resto del día es la inconciencia soñadora. Por la tarde los crepúsculos se anticipan, acogidos al cariño de las montañas y de las quebradas profundas; la emoción plomiza se antepone a la roja, y se ahogan así los vésperos ardientes en una senilidad diaria precoz.

Así el espíritu del poeta ecuatoriano, sobre todo serranico, no llega a ser sino la cuerda violinada del paisaje. Y se queja, y plañideramente llora, vibra con aleteo por la tez de las escarchas, se dilata fluido en los aromados vientos de la noche. Sus cantos

son prolongaciones de recuerdo, su nostalgia es anhelo impotente, su melodía tiene súplica de briznas marchitadas. Parece que algún día, el día más feliz, los labios o la frente dulcemente pálida de una mujer huyeron, dejando el dolor en donde estaba la quietud contemplativa. Por eso nuestra poesía se agarra tan poderosamente al pasado, como agua a las nubes, y se satisface con soñar, con fabricar fundándose en lo que vió. Es este nuestro misticismo amoroso, lágrima milagrosa de donde se esparcen radiaciones de versos y luminarias de inspiración.

Es la poesía de Arias; es el amor de nuestros poetas al ayer. Y no una tristeza de recuerdos diluidos: su afán nostálgico con frecuencia y hasta con predilección se graba en el soneto, como si cada poema sintetizara un suspiro desprendido del lago, en ansia de prismaticización. Es lo que se advierte sobre todo en el tomito de "Poemas íntimos".

Como en Dousdebés hay la obsesión de las rosas y de las estrellas, en Arias hay nombres que viven en sus labios cantando tristemente: la luna, el ensueño, la primavera y ella, el eterno ella, de cabellos rubios, de ojos a veces negros y en ocasiones verdes, pensada, memorada, ausente o prohibida, sombra que pasó o luz que se niega a alumbrarle. Por

encima de todo, difundiendo como los magneros ciencias blancas, está su misticismo.

Tortura la infinita queja del poeta quiteño. A cada paso piensa en la novia que fue, en la que pensó que sería todo para él, y le dice amorosamente

“tú cerca de mis sueños, yo cerca de tu vida”,

o con mayor fuego aún:

“y tú me quieres, nena, y por eso te adoro;
los dos hemos formado la leyenda de oro
para reír un poco, para mucho soñar.....”

piensa enseguida en su otro afecto, en el religioso, mezcla los dos cariños para hacerlos uno, el cariño del alma, y escribe contento:

“Hoy le dí a Jesucristo una rosa escarlata
de color de tus labios, sin tu risa de plata.....
Le pedí al Nazareno para tí muchas flores.....
El lloró por mi vida emotiva y sincera,
perfumó mis jardines, me pidió que te quiera
y me dió la indulgencia de estos suaves dolores....”

Pero, impelido por la realidad, asoma enseguida la peña en que se estrellaron las luces milagrosas. Lo que cantó, ese amor divinizado, no ha sido sino un sueño, un deseo, quizás el vago presentimiento que con frecuencia, tienen los corazones; la rosa roja se

ha despetalado, las titilaciones se escondieron tras de una nube, la turgencia magnífica fue disfraz, y

“es sólo un sueño muerto la pobre novia amada”.

Después de esa novia vinieron otras en procesión de caricias, con los brazos extendidos, brindando las manos transparentes. El poeta habla de éstas:

“Todas vosotras fuisteis las suaves alegrías y las espinas hondas de amar y sonreír”.

Y tal vez a cada una ha tenido que repetir, en salmodia lúgubre repercutida como misere-re:

“Eres ya la imposible, la lejana y la ida, tu sombra es imprecisa como un sueño de ayer.... Mas, vive tu recuerdo y espero tu venida sabiendo que mis sueños y tú no han de volver”.

Si alguien le pregunta de sus querencias, con esa voz de amigo tan sincera y tan penetrante, el poeta contesta amargado:

“.... es un recuerdo antiguo, hondo y obsesionante que vive en mis canciones y está sólo sangrante....”

Seguramente el amigo se subleva con la presencia de la aflicción, trata de consolar, de hacer que el poeta tome las vías alegres, optimistas, diciéndolo:

"Ves en la lontanía del camino, poeta,
cómo triunfa la vida y ríe el carnaval?";

es inútil, el poeta no cambia, tiene a flor del
corazón la atmósfera de lo que escribió un día:

"es que es dulce y sangrante el dolor de ser triste".

Insisten en elevarle a las serenidades, inquietan
de su vida, y él les cuenta su historia:

"Cada día una lágrima!..... Ayer porque un ensueño
se fue como las rosas.....
Ahora, un beso muerto o un presentir de invierno...."

Brota enseguida una angustia, de rebel-
día inútil:

"Está bien que te vayas, que tus manos de nieve
hagan tumba florida para mi corazón!"

Una voz lejana, la del sarcasmo, le con-
testa:

"Soñador, el invierno te sugiere una pena,
la pena de la triste despedida eternal".....

Al ruido de esa voz, el poeta medita, se
le agolpan los recuerdos, las desilusiones, las
torturas; su intimidad no reacciona; hace
filosofía:

“Pobres los soñadores . . . Siempre viven sembrando
sangre de sus heridas en los rosados días,
mientras la Madre Cruel sus vidas sigue hilando
Después habrá para ellos un lloro de elogias”.

y sigue ahondando; va más allá de la sonrisa
que ha desdeñado su propio sentimiento, pene-
tra en las cuevas de la soledad universal, se
intina con las diversas heridas que le han
dado los tiempos, reflexiona friamente, y en-
cuentra:

“La sed de lo imposible ya me ha crucificado
en el yermo desierto que miro desolado”.

A pesar del dolor los paisajes de afuera
siguen eternamente hermosos, invitan a can-
tar, sugieren rapsodias inefables; la epifanía
de las luces teñidas con rojo candente como
que dibujan para el poeta misterios de una
lontananza serena; éste contempla todo, ya
no puede penetrar infantilmente en lo de
afuera, está herido, su ayer le reclama; por
eso sus desahogos son exclamaciones, descos,
añoranzas, nada más:

“ tarde para amar muy hondo
mas, yo te miraba al fondo
del ayer desvanecido”

“Por la vieja avenida de la ciudad no viene:
la primavera suave que amamos está ida
su nombre evocativo un viejo aroma tiene
como el de una esperanza soñada y ya perdida”

“Yo pensaba en el mañana
impenetrable y lejano,
en tu dulzura de hermana
y en el perfume perdido
de las rosas que arraucamos”.

Al fin, fatigado con la tortura, ansioso de eucaristías sonrientes, se dirige a su gran cariño, al Nazareno, con una ingenuidad cristalina; y ese nombre santo le da una solución:

“Jesucristo el Nazareno
verá rara tu hermosura
y muy grande mi armonía
y pensará que es muy corta
para nuestro amor la vida.....
Y en esa noche florida
querrá que vayamos ambos
uno de otro lejano.....
Yo sentiré la tristeza
del divino amor humano”.

En “La Rueda de las Horas” y en algo más que ha publicado aisladamente, Arias ensaya el metro corto, con el fin de dar salida a sus más afilados rayos íntimos. Y acierta; pero ni aún allí se aja lo característico de su obra poética: una delicadeza por el recuerdo y por la meditación. Desde que comenzó hasta hoy, sus impresiones interiores han ido tan hondo que han formado venero inagotable; y la sensación nueva y las recién habidas

emociones asoman mezcladas con algo del aroma de los jardines antiguos despetalados. La agilidad y la sutileza de sus versos ligeros tienen el polvillo antiguo:

“Viejas saudades
de Reyes Magos.....
Las navidades
de otras edades
son sueños vagos.....”

“.....que yo pudiera
darte siquiera
toda mi herida.....”

Fuera de tres tomos en verso, el vate quiteño que aún no llega al oro de los treinta años nos ha dado abundantemente concepciones poéticas en prosa. Tales son sus dos libros “Mariana de Jesús” y “El Elogio de Ambato”. Parece amor de poetas la historia, porque con la historia se sueña interminablemente. “Mariana de Jesús” es el labio que besa a una flor transparente, más crecida y aromada más con los tiempos. “El Elogio de Ambato” es una caricia al paisaje de las muy canoras huertas y de los purpurados frutos. En ambos libros está el amor, que es la bendita obsesión, la divina locura, el dulcísimo éxtasis de los poetas. Los poetas suelen amar todo, por eso su voz es canto perpetuo. Quién tuviera la

felicidad de hallar una síntesis tan bella y tan amarga, poéticamente, como la que el autor de "Estancias" nos da en aspiración final:

"Ser como una hoja seca.... fugitiva y de paso.... ir de un lado a otro lado en las alas del viento, para al fin una tarde abrumadora de ocaso ser el alma infinita de un otoño sediento!"

SELECCION:

Invierno nos da el eco....

*Invierno nos da el eco de su cantar doliente;
la bruma de la tarde simula un blanco tul;
Invierno tiene un ritmo que dice, suavemente,
el Madrigal Tristeza, el Madrigal Azul.*

*El dolor es cruel mago de la melancolía;
nos trae los sollozos de la tarde invernal....
En tus labios florece, soñador, la armonía,
la doliente armonía de la tarde otoñal....*

*Ocaso.... La tristeza del Invierno.... La bruma,
la bruma de la tarde lluviosa y fantasmal....
Ha muerto tu esperanza, y, leve, como espuma,
se ha deshecho tu ensueño en la tarde invernal....*

*La piedad postrimera, la triste piedad buena
la sombra de la tarde. El claror vespéral
Soñador: El Infierno te sugiere una pena,
la pena de la triste despedida eternal.*

*Y sin embargo sueñas con la azul fantasía,
con la sonrisa diáfana del sol crepuscular;
y sin embargo, sueñas, con la leve armonía,
con la armonía leve de una canción lunar*

*Y sin embargo, sueñas, con las tempranas flores
de la ternura humana, con la aurora estival;
y sueñas, visionario, sin sentir los dolores,
con la Piedad Postrera de esta tarde invernal.*

*Y sin embargo, sueñas, y el ensueño te aduerme;
sueñas con la infinita dulzura de cantar
Y sueñas, sin embargo, mientras la vida inerte
te dice del cansancio, del dolor de soñar*

Ananke

*No des a nada tu alma ni deshojes tu ensueño,
pues aquí nada tienes y a nada perteneces;
y no es tuyo el placer, ni el minuto pequeño,
ni el dolor que te mata, ni el amor que enterneces.*

*Y nadie ha de salvarte del abismo en que caes
y a nadie llevarás al cielo que te espera
y no te dió ninguno el puro dón que traes
y es por tu riego airosa la ágil enredadera.*

*Tu posesión del mundo sólo está en tu mirada:
y nada llevarás ni has de quedarte en nada
sólo un día cualquiera dejarás de mirar*

*y han de apagarse entonces el rostro de la amada,
la luz de tu mañana, tanta cosa adorada
que nunca plenamente pudiste aprisionar.*

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

La estética personal que rebasa los tiempos de la vida de un hombre para continuarse a través de las generaciones, no se asoma desde los primeros escritos del esteta. Labor tesonera, lenta, rebosante de fe y desbordada de amor, es lo que hace poco a poco una estética perdurable. A ello contribuyen, primero que todo la observación personal de la vida, con fundamento en experiencia muchas veces dolorosa, y luego la incesante lectura, la constante autoeducación y la búsqueda de una orientación original.

Remigio Romero y Cordero ha llegado a obtener esa estética personal tan apetecida. Sus versos se han hecho ya trascendentales; las generaciones venideras los aplaudirán y saborearán durante mucho tiempo: tienen ya en su estructura e inspiración, la luz descendida de la inmortalidad. Versos que obtienen luz de permanencia son una luna misteriosa perpetuamente acariciada por el sol de la

belleza; y la luna torturará siempre los corazones, poniéndoles la indefinible atracción de la hermosura.

En dónde están las fuentes de donde Remigio Romero ha originado su perpetuidad? En los viajes que ha realizado por lejanas tierras; en la amplitud de lecturas con que ha cuajado la imaginación como de flores rosadas de durazneros y amapolas; en la pasión por las grandezas de los campos, según los saboreos de Virgilio, Garcilaso y Gabriel y Galán; en las visiones universales en que se pierden sus dos ojos claros, alejados el uno del otro, tal vez para mirar mejor, más lejos, más infinitamente? En todo eso ha bebido él, de todo eso ha extraído los almíbares; pero además ha llagado el propio corazón con la nostalgia martirizadora, inborrable, de la lontanía de los mares y de la inmensidad de los picos andinos. Su inspiración viene sólo de allí: de los mares y de los Andes. Hasta cuando habla de amor, pinta inmensidades, descubre contrastes, procura universalizar, ampliar interminablemente. El detalle, la nimiedad, las pincladas definidas de lo pequeño e invisible casi, no llegan a su espíritu. Es el poeta cualitativo y cuantitativo, no esencial. Poetas como él los hay contados, porque estos vates son, alma universal, son conciencias ilimitadas. Santos Chocano y tal vez Lugones son

los únicos que ahora se le parecen en América, o más bien sólo al lado de ellos puede figurar Romero y Cordero. Tiene la visión condórica, tiene el espíritu desbordado, las alas suyas desplegadas están para interrogar en lo azul omnicupante, y cuando baja a nuestros campos, se relaciona inmediatamente con las alturas en afán constante de ascensión. Así son nuestros paisajes, universales, así son los huracanes, los gestos, las músicas roncadas de nuestro ambiente, y el rústico respiro lleva un halo de las almas andinas que son prolongación de la blancura de los montes.

Remigio Romero y Cordero, de las reminiscencias históricas, de las grandes líneas olvidadas de lo barroqueño que ha habido en abundancia en nuestra literatura, de configuración espiritual de catedrales y de vena amazónica, penetra a veces, sin dejar la visión interminable, en la tristeza grande del alma. No se queja entonces, no desciende al pesimismo, no se llaga para llorar, no cae nunca en la enfermedad incurable de los románticos: indaga en las tinieblas, intuye en lo terrible del silencio trágico, canta lúgubramente la sinfonía sepulcral. Sus "Nocturnos" son un temblor de tragedia. Sus "Elegías" gravitan sobre el destino como unos pájaros negros gigantescos; y su mirada no se pára hasta no decir terriblemente la gran "tristeza del sol".

Algún analizador de estéticas, trataría de clasificar a Remigio Romero y Cordero en alguna escuela literaria, sin obtenerlo rigurosamente. En él de manera especial se realiza el eclecticismo. Clásico y parnasiano en la forma, completamente moderno en la imaginación y en el fondo, pertenece al pasado y al presente. Por eso es de los universales. Su predilección son las lenguas muertas griega y latina, que las conoce en sus raíces generadoras del castellano. Su modernismo de creación terminológica es muy característico, poseyendo grandes aciertos en la adjetivación y generación de palabras, porque le da a lo nuevo dulzura, grandiosidad, especificación, que son las cualidades del enriquecimiento léxico.

Dentro de su tendencia generalizadora, hay una pasión que le absorbe con frecuencia: el apego al terruño, a la patria, a la alma de América. Canta a los capulies, a Cuenca de las Indias, a Otavalo, a Ambato, a Montalvo, a la tradición prehispánica. En la especialización de las interpretaciones quichuas, cuyo idioma posee, acierta de manera preponderante en el expresionismo de los vocablos, haciéndolos duros, agrestes, sonoros, como debieron ser todas las lenguas primitivas. Con eso se explica su manera original de escritura de los nombres indígenas.

Como en la obra de Chocano, en la de Martí, en la de Zorrilla y Hugo, con ser de tendencias tan diferentes, los versos de Remigio Romero son absolutamente espontáneos en la manifestación externa, aunque si bien se los examina están almacenados de riquezas que no son producto de espontaneidad sino de reflexiva labor. El alejandrino, el verso libre, el endecasílabo, cualquier metro sale de su pluma libremente, sin trabas; ni se preocupa con la rima. Su canto a Otavalo es íntegramente sin rima. La rima, consonante o asonante, no es indispensable en el verso; lo indispensable es el ritmo, la estructura armónica de los arcos ojivales y de los clásicos compases pareados de la música. Esto quieren desconocer muchos vanguardistas; con ello hacen prosa en lugar de verso. La poesía está en el verso tanto como en la prosa, y es poeta el que cultiva cualquiera de las dos formas; pero el verso es intangible por el ritmo, si no, lo escrito es infaliblemente prosa. Y si no se practica la consonancia, más necesario se hace el ritmo, un ritmo entonces constante, casi diría uniforme.

El Ecuador con Remigio Romero y Cordero puede presentarse distinguidamente en la literatura de habla hispano-americana.

Su libro "La Romería de las Carabelas" fue un triunfo. Prepara varios libros más.

SELECCION:

Romance de las hojas

*Estación amarilla y macilenta,
pascua de heno, hojarascas y sol de oro,
dónde estarán las almas de las hojas
que ha matado, en los Andes, el otoño....?*

*Tendrán almas las hojas....? Esas almas
partirán al nirvana, como bonzos....?
O es que hay eternidad para las almas
de las hojas que mueren en otoño....?*

*Dónde estarán las almas de las hojas....?
Di, Juan Barbecho: hurgando los redrojos,
viste el ánima en pena de las hojas....?
Di, Juan Silvestre: cuando viene agosto,
vagan las almas de las hojas muertas
por algunos recodos....?
Juan Simple, Juan Borrego,
Juan Bosque, Juan Rastrujo,
Juan Camino, Juan Llosa, Juan Cubaña,
todos los Juanes Rústicos—si, todos—,
el alma de las hojas
cruza o no cruza la estación de otoño....?*

*Tengo miedo del alma de las hojas....
En toda esta comarca, yo, tan solo,
soy poeta; por eso,
estos días de otoño,
tengo miedo del alma de las hojas....*

*Porque, en verdad, ser un poeta solo,
y estar triste, tristísimo,
da miedo en el otoño....*

*Hermano perro flaco,
hermano perro anónimo:
te hallaste con el alma de las hojas....?
Borrigo, hermano tosco:
te hallaste con el alma de las hojas,
cuando ibas, con garzul y con chamorro,
camino del molino....? Hermana mosca:
qué sabes de las hojas en otoño....
Y tú, hermano cabrero,
qué sabes de las hojas en otoño....?*

*El paisaje es inmenso.... Suena a égloga
la insolada tristeza de los sotos;
unos churros zaqueros, balan, balan,
no sé dónde; mugiendo están los toros,
con los testuces en las zarzamoras;
y, sobre un abedul de pobre tronco,
el mirlo más poeta de los mirlos
está cantando la canción que ignora....*

*El paisaje es inmenso.... Al occidente,
la zona virgen de los bosques broncos;
al oriente, una hilería de gomeros;
al septentrión, un río perezoso;
al mediodía, un horizonte pálido,
muy cansado de verse tan remoto;
y, sobre esa amplitud interandina,
cien luceros en orto....*

*El paisaje es inmenso.... Una india joven
va, por agua, hacia el pozo;
y revuelan encima de su cántaro*

*todas las golondrinas del villorrio,
y acaso el alma de las hojas muertas
que ha quitado, a los Andes, el otoño....*

*El alma de las hojas que se han muerto,
dónde estará....? No sé.... No la conozco;
pero debe de ser algo pequeño,
sonoro, melancólico,
y muy diverso de nosotros, hombres,
diverso de nosotros....*

*Se ha de oler a corteza, a leña, a rama,
como la sencillez de los retoños....?
Será más que agua dulce de montaña
en espuma de arroyo....?
O será como canto de torcaces
que, en las laderas, insoló el bochorno....?
Puede ser, puede ser la mar de cosas,
mas no tendrá ni sombra de nosotros....*

*Quién se halló con el alma de las hojas....?
Una ráfaga de aire, un débil soplo
de aura errante....? Algún pájaro bohemio....?
Una nube....? Una estrella....? Un meteoro....?
Quién se halló con el alma de las hojas
que ha matado, en los Andes, el otoño....?*

*Tampoco mi alma.... Abandonó la cárcel
de miseria y de lodo,
estrenó su par de alas,
se exodizó con rumbo a lo remoto,
y—devuelta al almarío—
nada dijo ni de hojas ni de otoños....
Y, así, ni mi alma se encontró con la alma
de las hojas de otoño....*

*Entonces, quién....? Pues, nadie, nadie, nadie....
Y yo ignoro hasta cuándo, por qué y cómo....
Pero tengo una idea, un dato vago:
el alma en pena del ramaje intonso
y de las hojas muertas,
puede ser.... el silencio del otoño....*

Amor es poca cosa

*Tú me amas....? Y no sabes que me gustan las rosas,
las tardes silenciosas,
los cantos en bemol,
las aguas estancadas, la paz, las mariposas,
Nuestro Señor y el sol....*

*Tú me amas....? Y me niegas leche fresca de cabras,
cariñosas palabras
y ramos de laurel,
y no te haces abeja y panales me labras,
y no me hartas de miel....*

*Tú me amas....? Y vacilas,
y con los grandes párpados ocultas las pupilas
y acabas por llorar,
y no sabes qué aroma dan las últimas lilas,
y, sin mirarlas, dejas a las nubes pasar....*

*Ignoras qué es amor. Amor es poco o nada:
una suave mirada,
un suspiro que va
y un no se qué, divino, que la mujer amada
no sabe si está en ella o en el amado está.*

JOSE MARIA EGAS

Con toda justeza ha dicho Fombona que en el modernismo había un poeta distinto de los demás poetas modernistas, un creador inclasificable: Amado Nervo. El mismo juicio y dentro de las mismas márgenes se debe aplicar a José María Egas: es inclasificable porque es como Nervo; ambos, divagando constantemente por las sabanas del misterio, han hecho la interminable interrogación; ambos han puesto el martirio de sus dudas e incredulidades entre los dedos trémulos de un misticismo en el fondo también dudoso e inseguro; uno y otro ha cantado a la mujer, con paz, con tortura, con melancolía y esperanza, como cantan los rayos de luna que muy de tarde en tarde se compenetran y unifican si sopla y hace la onda el viento recostado en la laguna. Egas y el gran mejicano parecen dos albas cumbres de los mismos Andes, agudas, afirmadas en los campos de las flores y

en las rocas que van a la mar, unidas en el cielo de la luz con cintas de relámpagos. Quizás recordó Egas a Amado cuando en su plegaria al Señor dijo:

"Ruega... por los que trajeron un dúo de armonía y bordan con oro de su fantasía los harapos tristes de la realidad;

ruega por el alma, Señor, a quien diste la gracia inefable de sentirse triste ante una mirada, un beso, una flor..."

El amor de la Divinidad ha preocupado con frecuencia a José María Egas, y al mismo tiempo se ha sentido como todos los poetas poseído por el effluvio imponderable del amor de lo humano; los dos amores, juntados con suspiros en la cuenca del pétalo del corazón, han hecho un solo ser, una sola santidad, se han coronado con unos mismos azahares de ternura, de ese labio no sale sino el beso que es llama de las dos parecidas hogueras interiores. En esta alma de unción hay dos cantos que hacen una misma melodía: el cantar místico y el cantar profano; no puede el uno separarse del otro porque los dos ojos profundos se miran en una sola alma, porque las brisas que triscan por los jardines confunden los aromas del magnolero y de la rosaleda; en todo Egas, místico o enamorado, hay ese dualismo:

“Ya ves cómo en silencio te bendigo, Señor!
Y bendigo la nieve polar de su garganta,
y bendigo los pétalos de sus labios en flor,
ese rostro de virgen, esas manos de santa
y esos ojos nostálgicos de otro mundo mejor”.

Dónde habrá más encanto sutil de poesía,
en dónde más pureza de fontana o de estrella:
en la gracia inefable de la dulzura de ella
o en la dulzura triste de la Virgen María?”

Y si en algunas partes el espíritu del poeta
se exalta con las maravillas de la pasión por
una mujer, en otras parece trasladado a la
piedad sincera de los monjes de claustro:

“La he dado toda mi melancolía,
por ella se agostó mi primavera,
y sin embargo en mi dolor quisiera
tener algo que darla todavía!”

“..... si es tan buena
como el azul de este paisaje andino!
Si es una hermana que salió al camino
como una bendición para mi pena”.

“Ya no tengo qué darte, Jesús Crucificado!
Mi juventud se ha muerto, mi dolor se ha agostado;
ya no tengo qué darte porque todo lo he dado;

y hoy que, al verte, quisiera que todo por Tí sea,
el arrepentimiento mi corazón golpea,
sensitivo y romántico lirio de Galilea!

Haz que amor no resista y que mi fe se encienda,
descorran de mis ojos esta mísera venda
tus manos milagrosas, tus manos de leyenda!”

Después de los amores, lo que más caracteriza a José María Egas es la concentrada filosofía. Parece que con luminarios extraordinarios y penetrantes se ha asomado día tras día y en las noches interminables al balcón de su propio espíritu, para ver el mundo, la realidad, las cosas de la creación; las ha examinado pacientemente, con cariño, ha sentido el respirar de esos pechos, ha rozado su mejilla con esas cabelleras caídas en aladares o desgredadas quizás; en la hora de la sed ha mojado la lengua en los frescos manantiales, y en el momento de los fríos intensos ha caminado junto a los hogares de la vía; y, en la senda, a todas horas, ha hecho la meditación, para darnos el jugo de las plantas encontradas, para mostrarnos las caricias y los venenos de lo hallado sobre los arenales y entre los huertos. Egas es un poeta filósofo, no con la filosofía dogmática, sino con la meditativa; no es un maestro que enseña, sino un soñador que habla con razón; no hace esfuerzos para convencernos, habla de lo que cree, nos muestra su corazón, y ante todo que:

“Amor tiene las últimas claves de la Verdad”:

para él el mundo tiene sombras, pero sombras vanas, fantásticas, asomadas sólo por haberse escondido la luz; porque la filosofía de Egas es la de los valientes: hallar siempre un reme-

dio para el infinito dolor de la vida; en el fondo es él optimista, es como un sol condenado a soledad pero siempre ardiendo en llamas y dando luz a los demás, parece la sonrisa de una mujer que llorando interiormente da por su exterior la felicidad a quien la mira. Qué mejor filosofía que ésta dulcísima, fundada en inspiración y no en la severa lógica de los que han agotado las cavilaciones y los silogismos?:

“Deja que venga solo (el amor) deja que venga piano,
alegre, doloroso, como quiera venir;
que arome de silencios tu corazón cristiano
y pueble de luceros tu noche de zafir.
Pero nunca te empeñes en forzar el arcano!
Amor es un tesoro que se cae de la mano.....
es arpa de los cielos que la tendrás que oír”.

“Bien está la vida.... porque Dios la quiso!
Porque es un lejano y azul paraíso
y es una promesa y una tentación”.

A veces el poeta se pierde en ensueños como si se perdiera un cisne en la claridad de la fuente para mirar las burbujas interiores:

“Algún escondido retazo de pena.....
algún idealismo y alguna inquietud.....
y no sé qué dulce bondad nazarena
para esta fatiga, para esta cadena
del santo suplicio de mi juventud!”

Este cantor sutil, delicado, algo romántico, analizador de lo del alma, idealista y aristócrata, tiene en sus versos la forma sencilla, serena, la de los vuelos de la garza, la del mirar de los iluminados; en su obra se esparce el ritmo con la musicalidad de los arroyos, parece que no se esfuerza con cantar desde que se siente en las alturas:

“Es una música fina
toda la tarde..... Parece
la fragante sonatina
de un jardín que se estreme”.

Lluvia..... Melancolía!
En el balcón, tu cabecita rubia
es como el sol de la mañana fría”.

Egas ha pintado lo mismo la naturaleza que las almas, y lo mismo a los demás que a su propia persona, ha procurado universalizarse con un instinto verdaderamente modernista, se ha puesto en los demás y se ha dado por completo; en dos versos ha sintetizado su producción:

“.....el verso es la locura de cincelar un vaso
para beber la sangre de nuestra propia herida”.

José María Egas vaga aún por la ribera
en donde hay alelíes y cardos, sus pestañas

siguen desjuntándose con el cariño del alba
y con el beso envenenado de la sombra; y,
felicísimamente:

“el alma sigue urdiendo su telar misterioso
en el ritmo ideológico de las cosas supremas”.

SELECCION:

De profundis

*Bien está la vida.... porque Dios la quiso!
Porque es un lejano y azul paraíso
y es una promesa y una tentación.
Porque es una santa vía de amargura....
(Yo sé de una estrella de mala Ventura
prendida en la noche de mi corazón).*

*Yo sé de una estrella de mala Ventura
que es como la clave de mi senda oscura,
que rige un sistema de fatalidad....
y sólo quisiera bendecirlo todo:
la albura del cisne, la mancha del lodo
y la furia inútil de la tempestad!*

*Bien está la vida.... porque Dios es bueno!
Qué importa un ligero sabor de veneno?
El tónico fuerte sentará mejor.*

*Los dioses conservan filones de oro
Y sé que prodigan su rico tesoro
con la gentileza de un nuevo dolor.*

*Yo sé que prodigan su rico tesoro.
Ha tiempo que saben mis ojos que lloro,
que cerré mis labios a toda canción.
Y voy por la senda que fijó el destino,
con una paciencia de benedictino,
labrando la copa de mi corazón!*

*Acaso parezca sutil ironía
ponerle dos alas a la fantasía
para que fabrique dorada Stambul
Y vaya en su vuelo, por sobre las cosas,
dejando un reguero de piedras preciosas
en el infinito de la tarde azul.*

*Acaso parezca delirio insensato
llevar la locura de un dulce arrebató
de melancolía por una mujer!
Ya que los humildes no tienen derecho
ni al lujo inocente de rasgarse el pecho
por una mentira que nunca ha de ser!*

*Pero nada importa Dirán que la vida,
como una elegante mujer aturdida,
sobre las blanduras de un sueño cayó
Y desde su lecho florido de rosas
ensalma las penas y olvida las cosas
con el desconsuelo de lo que perdió.*

*Dirán que el camino penoso fue largo
Que la desventura, con nepente amargo,
mojó nuestros labios en la extrema unción.*

*Dirán que a los buenos el odio quebranta . . .
¡Pero los calvarios de Semana Santa
tienen un Domingo de Resurrección!*

*Dirán que es muy duro que vacile el paso
de los infelices que burló el fracaso
cuando una sirena les hizo dormir.
Pero hay que infundirles vigor a las alas,
aunque el sortilegio de las cosas malas
enmarañe todo lo que ha de venir.*

*Yo tuve la gloria del padre Infortunio!
Me helé con enero, me abrasé con junio
y ya no me duelen fatigas ni sed.
Porque sólo añoro, con unción divina,
de las romerías de mi Palestina
los atardeceres de mi Nazareth!*

*Bien está la vida . . . porque Dios la quiso!
Tiene su serpiente cada paraíso.
Tiene su manzana cada tentación.
Bien está el camino de santa amargura . . .
Y bien esa estrella de malaventura
prendida en la noche de mi corazón!*

Líndica

*Y se llamaba Líndica . . . Gítana
de ojos bandidos y de fuz morena,
que, en el cortejo de su caravana,
pasó por los eriales de mi pena.*

*Me dijo frases trucas: . . . de la Muerte,
del Amor, de la Vida y del Arcano,
descifrando misterios de la suerte
en las líneas absurdas de mi mano . . .*

*Quise hablarla de amor. Y de repente
se estremeció su corazón de Oriente
con mi devota ingenuidad cristiana.*

*Y en ese instante, con unción secreta,
fundí mi raza blanca de poeta
en su raza maldita de gitana!*

NICOLAS CLEMENTE PONCE

ACADEMICO DE LA LENGUA

“Esa juventud, vástago vigoroso con cuya savia florece a nuevo aire lo pasado en castizos tintes que matiza la luz de nueva aurora y se sazonan los frutos venideros, es el alma de la Patria”, dijo un día Nicolás Clemente Ponce, dando sin duda el aroma más penetrante de su espíritu, el perfume de juventud con que murió embalsamado. El ilustre académico fue siempre joven, rebelde para las debilidades de los años fríos, serenado con la cercanía de los crepúsculos incendiarios, grande cada día más en los poderes intelectuales, en agitación constante de vuelos por las cumbres de las armonías estéticas. Hasta el último instante produjo, como si al sentir que la savia vital corría peligro de agotarse sintiese el impulso del alma empeñada en dejar de lo suyo, pensando sin duda en la misión de los mortales elevados: la fecundidad.

Acertó a colocarse, desde los comienzos, en la torre desde donde se contempla más serenamente la maravilla objetiva de la naturaleza; de vez en cuando descendió para apreciar el detalle, pero tornó a la altura porque tuvo el instinto y la necesidad de elevación. Y como a las cumbres del talento no se llega sino con el cuidado tenaz de los pormenores, en todas horas hizo de sus trabajos momentos de contemplación minuciosa. Esa objetividad de observación y el amor grande a la forma perfecta por la maravilla del pormenor, añadido a todo esto el método de educación en que le cultivaron, le condujo delicadamente al apasionamiento por los clásicos. Miró en ellos la estilización de lo inmortal, encontró que en esas fuentes de serenidad estaba el germen de lo intangible, de lo respetado por los siglos, quiso hacer de su personalidad una vibración clásica, y lo consiguió. En el fondo de ese espíritu había el germen de reacción a lo establecido, como pudo manifestarlo en las labores políticas en que tantos triunfos obtuvo, pero su afán libertario no nacía de un amor de creación sino de una idolatría por la justicia; para él la suprema luz fue la rectitud, por más que quienes le juzgaron pretendieron encontrar dobleces en donde no había sino amplitud y olvido de murallas impuestas por una tradición más o menos debilitada. Se

formó en la severidad, y ese cuerpo descarnado y gigantesco es el que asoma en las labores críticas y políticas del doctor Ponce; nada de contemplaciones ni de sesgos, la rectitud avasallante brotada de la convicción. Por eso el colaborador de "La Ley" y de "Don Venancio" fue autoritario, inquebrantable: estaba plenamente convencido de lo que decía, lo había estudiado y meditado, no se podía dudar de sus afirmaciones. Fue recto y sereno en todas sus labores, así literarias como políticas, ya en el campo del ensueño que es la poesía, ya en las disertaciones jurídicas o filológicas; no pretendió hacer obra imprevista y desconcertante por la novedad: tuvo la sencillez de dar lo de su espíritu escuetamente, sin miras ulteriores, con grande amor a la idea, con mayor amor a sus compatriotas y al terruño en que había nacido, terruño de

"Cielo azul, azul de veras,
verdes campos esmaltados
de matices de ganados
y juegos de cementeras.
De las altas cordilleras
precipítanse los ríos;
mas, agotados sus bríos
en las riscosas vertientes,
adormecen sus corrientes
al pie de bosques umbríos".

Seguramente lo distintivo de su acción fue el intenso patriotismo. El Ecuador es todo

para él; ya de los volcanes, de la selva trágica o de diminutos pueblos y modestas florecillas fue haciendo en sus interiores de patriota una hermosura grande, avasalladora, digna de robar una existencia; hizo de ella su amor, cayó amarteladamente en sus brazos, le cantó, le defendió, hizo cuanto pudo para que nadie hurtase las joyas de la orla de su manto, luchó por su enaltecimiento como digno soldado y, ya cerca de la tumba, recordando al cisne, siguió cantando inefablemente, como absorto en la contemplación de una gallarda maravilla. Ni un día dejó de amar al Ecuador dentro de sus anhelos y de sus propósitos personales, quiso continuar la religión de la patria ya establecida por los Calderón, y los García Moreno, y los Montalvo.

El entusiasmo fue la vida puesta en cada una de las obras del ilustre académico, y juntó al entusiasmo la rara virtud de la paciencia. Sin estas dos llamas de acción sería inconcebible la traducción de la Eneida en pleno siglo veinte, y sin este poder de sugestión sobre sí mismo que alcanzan a tener algunos seres, merced al esfuerzo nunca decaído, no sería tampoco aceptable una literatura del siglo de oro en los tiempos en que todo evoluciona y se rejuvenece. Por este aspecto el doctor Ponce está entre los hombres que el mundo admira por la perseverancia, la fijeza

de resolución, y la altanería de las convicciones inquebrantables.

Parece que su sueño fue además de la grandeza de la Patria o más bien dentro de ella, la conservación y el cultivo de la lengua cervantina. Así nos dice: "Cultivad vuestra hermosísima lengua, a fin de que vuestra palabra patriótica tenga el encanto y la eficacia necesarias para participar a vuestros compatriotas la luz de vuestras inteligencias y el fuego de vuestros corazones. Que a esa luz y a ese fuego se extingan los odios que nos anquilan, se fomente la benevolencia entre todos los ciudadanos". Cuidaba del idioma castellano con el cariño de un niño para sus juguetes; veía en el idioma, como se debe ver, un medio de transmitir la idea y nunca la idea aparece exacta y con todos los matices si no hay profundo conocimiento del idioma. Por eso él que se había propuesto engrandecer al Ecuador "dentro del respeto mútuo y la tolerancia benévola", impuso a sus esfuerzos el sello del cultivo de la palabra; veía en ello un medio indispensable para el éxito, y se aprovechó de ese medio certero, sin dejar de lucir el amor estético, la vocación de poeta que tuvo.

Toda esta múltiple manifestación e interioridad de Clemente Ponce, está cimentada con los molones del optimismo; nunca cedió

al peso de la vida; había resuelto triunfar, y sólo se triunfa con la sonrisa en los labios, con la mirada en alto y con la flor de siemprevivas en el pecho. El gran político y connotado escritor que ha juntado los párpados para siempre, parece que hizo de sí la propia síntesis al escribir este soneto:

“El mortal que, magnánimo y valiente,
al fijar en la altura la mirada,
noble ambición de gloria inmaculada
su pecho varonil agitar siente,

Ha de romper osado la corriente
que al vulgo lleva al fin de la jornada:
la senda por los necios despreciada,
firme, sin vacilar, seguir intente;

Y apurando la hiel del sufrimiento
en los hombros la cruz del sacrificio,
de espinas coronada la cabeza,

avance hasta el calvario, y el momento
en que tiemble, talvez, ante el suplicio,
con el martirio compre la grandeza”.

El martirio de Clemente Ponce estuvo en lo más bello de su ideal: el amor patrio. Vió las tristezas de su suelo, sufrió los ataques de quienes miraron mal sus intenciones, tuvo que llorar con las amarguras del Ecuador, y el destino le cegó en tierras amigas pero muy lejanas. Ponce ha comprado su grandeza.

VICTOR HUGO ESCALA

En sus escritos, el escritor realiza la conciencia de lo vivido: de la vida, del estudio, de la observación, y hasta de las ilusiones. Cada página es una luz impaciente encendida en el alma y clavada estelarmente en el papel; cada palabra significa rumoreo de recuerdos, de realidades o de esperanzas más o menos sonreídas.

La vida de Victor Hugo Escala está grabada fulgurantemente en sus libros. Ha realizado uno de los máximos placeres: viajar, absorber los aromas de los mundos múltiples que se desparraman en el pequeñísimo mundo de la tierra, sacudirse el espíritu con cada novedad, con cada sugerencia, con cada exotismo. De la virginal América, rica en pudores y en iniciaciones, angustiada casi siempre, pero de modo inocente, imitadora todavía e ingenua, ha ido a los ocasos de occidente, a

palpar la plenitud que voltea la cima; y, después de diluirse con la magnificente policromía oriental, vive ahora a la sombra de la patria del sol de Bolívar.

Riqueza de imaginación, penetración de las realidades, intuición maleable, serenidad de experiencias, estudio inmenso en el gran diccionario que es la naturaleza y que son los hombres; qué más puede apetecer un escritor para que las frases adquieran el matiz universal y las facetas múltiples que hacen del libro la suprema adaptación? El viaje es el amor de la novedad; la lectura es el amor de la novedad. Un escritor tiene, pues, que viajar. Escala comenzó a viajar desde niño, sobre la espalda canora del Guayas: viajes de ensueño o de nostalgia, infantilmente milagrosos. Ahora viajan sus libros.

El verso fue la inicial floración de sus emociones. "Motivos galantes" fueron sus primeras inquietudes, como pasa con las almas profundamente sensitivas. La mujer fue el primero, el mejor paisaje para su corazón, la mujer que es todo, absolutamente todo, hasta la desesperación, cuando falta la cumbre del amor. La crítica aplaudió entusiastamente esos versos de primavera, crepusculares de cuando en cuando, apasionados aún y sin la hermosa elegancia ocultadora, que es lo constitutivo de los libros posteriores.

En seguida, en evolución psicológica natural y muy explicable, apareció en Escala la admiración a los grandes hombres. No basta amar a la mujer, enamorarla, declararla lo que es, la divinidad humana; también es justo ver las cúspides que no son la mujer; simplemente para admirarlas, o para llegar hasta ellas. Este nuevo fervor se manifiesta con amplitud en "Medallones". Continúase la evolución en "Kaleidoscopio", haz de divagaciones, de narración amena, asombrosamente imaginativa y floreciente; hasta que asoma el hombre que nos va a revelar los misterios de las lejanías en "La sandalia del Peregrino". Son los viajes al Oriente los que se reviven: Calcuta, Singapur; más allá Macao, Hong-Kong, Honolulu a través de decorados de libélulas incrustadas en tapices de noche lunar y en kimonos de abril. Elefantes, árboles de oro, el país amarillo, como el sol opaco, los malayos, las obsesionantes bayaderas, prodigios de impaciencias creadoras, voces entrecortadas de ukeles medio escondidas en la paja de los vestidos hawayanos, las islas del amor, el himno poderoso a la felicidad del cuerpo Es un libro de evocación, es una sandalia intranquila, sonora, aromada a través de los tiempos con el suavísimo perfume de gheishas y de harenes.

Viene luego, una recolección de trigos. Se ha sembrado abundantemente en diarios, revistas, en álbumes y en dedicatorias. Todo hace un conjunto ameno, variadísimo, de acuerdo con la tendencia moderna del artículo corto. Es el nuevo libro "Mosaico". Páginas de distracción; algunas de ellas desconocidas, todas hipnotizantes.

Y se cierra la primera etapa del escritor, con versos; como fue la iniciación; versos menos espontáneos, más pulcros, menos poéticos, en el sentido de primitivismo emocional, más castigados, aún dentro de las libertades métricas actuales; de tarde en tarde con dejo de románticos recuerdos, en alguna ocasión disonantes; siempre fecundos y lozanos. "Glosario sentimental" es más glosario que sentimental; son páginas de riqueza, no de intimidades. La vida suele enseñar a callar o por lo menos a disimular.

El próximo libro atalayaré en el afamado escritor guayaquilero una tendencia talvez nueva, o por lo menos una iniciación, porque las evoluciones son indispensables. Ya en "Glosario sentimental" hay atisbos. La modernidad es una de las necesidades primeras de toda obra literaria. Hugo Escala es modernísimo, pero aún hay caminos más avanzados.

SELECCION:

La Iglesia de los Atahualpas

*San Francisco de Quito, músculo español
petrificado por las nieves
épicas del Pichincha,
qué alarife te alzó
en pleno amanecer de la Conquista?....
quién puso, sobre piedra y piedra
los hierros castellanos de tu cruz?....*

*Dice Cieza en su Crónica: "que tus muros alzaron
Fray Jodoco Riquí, el flamenco
con dos generaciones de Atahualpas:
Don Auqui Atabalipa, mayorazgo del Inca,
y Don Alonso, el último heredero,
de Quito, Tihuanaco y del gran Tihuantisuyo".*

*Frailes y principes te hicieron
lentamente, en el curso de los años,
mezclando a la europea la sangre de los indios,
para que así fueses el templo
más hermoso y más fuerte de la joven América.
Te pusieron una pila
esculpida en granito de los Andes
y, como flecha disparada al cielo,
el agua se perdió
bajo los signos del Zodíaco;
mas un día, el Ilustre Ayuntamiento,
ignaro de estetismo,*

*la arrancó del ombligo de tu plaza
para darla a una aldea,
cuyo nombre mis versos ni siquiera recuerdan....*

*San Francisco de Quito:
tus naves cantaron respuestas
al Virrey Núñez Vela, que murió en Inuquito,
y respuestas de rabia para los cien quiteños
cegados por el plomo vil del "Real de Lima";
mas, después entonaste marciales "Te-Deums"
por Yaguachi y Riobamba, por Pichincha y por Tarquí,
y por el Titán enjuto a quien sus mismos ojos
ya le habían comido todo el rostro.....*

*Salve, basílica de Quito,
en cuyos muros trabajaron
descendientes directos de Atahualpa.
Por piedad a los indios te pusieron
el nombre del humilde Poverello,
y por eso sus almas te ofrendaron,
Olmos, Pampite y Caspicara,
y con ellas, el arte de la América sin amos!*

Oriente

*Cuando los hechiceros fantásticos velaron
la ansiedad de mis ojos, ahitos de mirar,
en la Barca del Sueño comencé a visitar
los países remotos de Oriente que enseñaron
a mi psiquis la clave de la vida sensual.*

*Mi primer desembarco fue en la villa de Alepo.
Callejuelas sombrías, más angostas que un cepo*

*me llevaron al sitio de un pequeño bazar.
Anguloso judío me cambió las libranzas,
y en un gris elefante, sin mayores tardanzas,
persiguiendo las albas empecé a caminar....*

*Un fakir de Calcuta, vendedor de amuletos,
cabalísticas drogas del amor me ofreció,
y adquirí fácilmente los antiguos secretos
del ámbar y del jáschich, de los almizcles netos
que luego mi exotismo galante constató.*

*En momentos dorados de mis lucubraciones,
en momentos divinos de mi dulce ebriedad,
trajeado de gala marché en mis excursiones
a los ruros, colgantes jardines de Bagdad;
y observé las bellezas de un país fascinante,
y gocé las delicias de mis raras visiones,
desde el lomo adiposo del sumiso elefante
que renció los caminos con genial majestad.*

*El favor de una puerta de morisca estructura
me insinuó la agradable laritud del reposo.
Penetré una floresta que un palacio clausura
con su cúpula de oro, con su enorme dragón,
con su guardia de kurdos, su clarín melodioso
y un harem que me hizo una real recepción....*

*En la muelle tibieza de un salón alfombrado
con tapices que fueron de Al-Raschid, el sultán,
Sulamita me baila un danzón excitado
por el ritmo de un canto que una guzla acompaña,
por mis ojos quemantes que mirándola están,
por sus labios pulposos que me brindan champaña,
de un lagar que el Profeta describió en el Corán.*

*La danzante extendía su gentil homenaje.
Me suplica que acepte su amoroso hospedaje
y se tiende a mi lado con su dulce obsesión.
Las caricias nos llevan al rigor del exceso:
ella siente el volar susurrante de un beso
y temblando y gozando se nos va el corazón....*

*Oh, la carne inebriada que soñando se queda!....
Mi cabeza se aduerme sobre el pecho de seda
de la suave odaliscu del País del Amor.
Todo es sombra y silencio, todo huele a reseda:
baña el cisne sus plumas en la fuente de Leda,
y la vida se extingue bajo un tibio langor....*

*Un paréntesis guarda las dulzuras sentidas
en mi viaje de tantas emociones vividas
por países de gloria, por comarcas de luz.*

*El recuerdo los goces en mis nervios inserta,
y aunque el alma embrujada de sus sueños despierta
mi pensar es Oriente: Budha, Siva y Vichni.*

MEDARDO ANGEL SILVA

Algunos nacen árboles centenarios, olas interminables, castillos de difícil destrucción; en éstos la fecundidad de vida es sencilla. Pero los hay que vienen a la luz como pétalos, como canción de cisne; en estos efímeros el producto espontáneo es casi siempre la esterilidad.

Medardo Angel Silva es de los últimos, pero no estéril; por eso es excepción, es el pistilo agarrado al tallo hasta después del huracán, es la espuma prendida amorosamente al rojo de los corales. Llegado al mundo prematuramente, le deslumbró la claridad, se hizo la sombra sobre las pupilas; no se quedó ciego porque había fuerte luz interna, pero ya sus ojos no miraron sino la inacabable tristeza del mundo; vió que se batían desde entonces y constantemente unas alas fúnebres que hacían sobre los párpados enormes signos de

interrogación: la interrogación al misterio; no pudo ver la lozania de las formas exuberantes, ni la caricia de los colores sobre la línea immaculada, ni el sonreír de la naturaleza con los besos del sol y de la luna: para él había penumbra al rededor, una semioscuridad que daba a todo lo visto aureolas de melancolías y olores de desesperanza. Cuando el poeta paseaba por las orillas del Guayas, sentía talvez que el trémulo viaje de las ondas se infiltraba hasta lo más íntimo de su propio ser, que los vientos vagabundos sobre la corriente tenían frío e insaciedad; cuando se internaba por los bosques tropicales, su espíritu percibía un veneno de víboras regado sobre la enredadera y en el cuerpo de los troncos; si alguna vez, en desolación, se sentó sobre los pétalos de sus amortiguadas ilusiones, tuvo quizás la sensación terrible que dan las compañías de las cosas muertas. Y Silva caminó siempre así, como teniendo delante una llovizna de lágrimas, no sonrió sino de despecho o por sarcasmo, su canto fue lúgubre, nocturno, la temblorosa impaciencia de sus labios no tuvo fin sino en el fin de la agonía cuando el corazón ya sin sangre se negó a latir, cuando el cerebro ya desbaratado no pudo soñar más que con la lánguida apariencia de las cosas. Para él la muerte fue el acorde final de una música de violines pulsados

dentro de cavernas con rosas sin color; no pudo luchar, ni alcanzó a resistir: desde niño había asistido muchas veces a las nupcias de la belleza con el desengaño, desde los primeros años la vida le había mostrado con franqueza toda la verdad de sus verdades; y desde entonces esas manos inquietas se habían ensangrentado palpando las espinas de las zarzas, y esa sangre de dolor había dado vida a nuevas espinas brotadas siempre en el camino futuro todavía.

El poeta enfermo pasó de herida a herida, cantando y cantando, pero sólo canciones impregnadas de nostalgia de flores de terciopelo, soñadas, entrevistas, seguramente deseadas con pasión; y como esa ansia creció hasta que la llaga fue incurable, un día, junto a la de sus ensueños y de sus amores, embriagado con narcóticos de desesperación, cerró los ojos, y cesó para siempre el canto triste.

Quizás en el comienzo de la vía de ultratumba el malogrado poeta repita de cuando en cuando:

“Ya no puedo llorar, pero mi poesía
llora por mí; son dulces y tienen tal encanto
las tristezas rimadas, los dolores en canto!”

La obra de Silva no es el geranio cuidado amorosamente en los interiores de un invernadero, ni es el labio de la estatua divinamente pulida por el artista; tiene la deliciosa imperfección de las flores de jardines no alcanzados a cultivarse, lleva las huellas del cincel sobre la estatua trunca. Por eso encierra la magia de lo incompleto, de lo vago, como los lampos de niebla y el seno misterioso de las adormideras. Así el poeta ha conseguido hermanarse con la realidad, ha logrado las perfecciones del arte moderno; de este modo sus versos han podido adelantarse sigilosamente en las almas para darles una luz de color plata violeta, luz que dan las fosforescencias marinas a las perlas en el regazo de las rocas.

Delicado, delicadísimo es siempre Silva; cuando se queja parece el ala desmayada de una garza blanca; cuando llora tiene un sollozo de serenidad, como el de las fuentes sin virgenes que se bañen en sus aguas, como el de las matitas recién descubiertas cuando ha pasado quemándolas un sol otoñal; sus hastíos son los de las aves en la prisión de la jaula: canta en el día, y en las noches prepara la canción del alba. Y es tan delicado porque es tan sincero; nos dice siempre sólo lo muy suyo; es un canario que trina; el verso fluye de él con la suavidad de los humos de

opio de los fumadores orientales, su cadencia es una cadencia de luces sobre los espejuelos diseminados en la arena de la playa:

“Y el alma que creía mirar la aurora eterna, vuelve, cual un iluso viajero macilento que fue a calmar su sed a lejana cisterna, equivocó el camino, y torna más sediento!”

“Hoy que la primavera nos devuelve su trino de pájaro, su sol y sus rosas nupciales, siento que algo de tí me hace dulce el camino, me da sombra en el árbol y miel en los panales”

Medardo Angel Silva, el que había visto la luz en la tierra amada del sol, en donde los cuerpos y las almas sienten fuego, en donde los ojos se hacen negros para poder mirar más intensamente, en donde por las tardes se percibe el soplo de la mar cercana, el que había nacido para cantar y para querer cantar sobre todo lo de los corazones, no tuvo prometida. El amor, intimamente arraigado en su espíritu y manifestado a todas horas, en todas partes, de todas maneras, no fructificó nunca; parece que las mujeres cierran sus adorables párpados para no ver los tintes crepusculares de las almas que sufren El poeta fue amado, profundamente amado, por una amante lejana, fiel, celosa: la Muerte. Y cuando estuvo el amado en la plenitud, en

los veintiún años, la amada partió con él a las moradas desconocidas, a un tálamo nupcial de mantos de luz tenue que deja olvidada la luna en algunas noches muy frías. Quién sabe de los besos que los dos se dieron? Quién sabe de los versos tristes que los dos rememoraron, cuando ella le dijo talvez:

“A tu voz se despiertan yo no sé qué dulzuras venidas de ignorados países de consuelo, y desciende a la noche de las almas impuras una paz de campiña, de alma blanca y de cielo”.

Y cuando él absorto, endulzado, en indécible frenesí, le contestó:

“Bendigo el sufrimiento que viene de tu mano y el vértigo radiante en que tu voz me sume. Mi amor es para tí como un jardín lejano que a una alcoba de reina envuelve en su perfume.

Y eternamente oirás en tus noches sin calma mi sombría plegaria que, rugiendo, te invoca: al precio de mi sangre y al precio de mi alma, véndeme la limosna de un beso de tu boca.

En una hora trágica, perdido seguramente en los dédalos de un corazón incomprensible, presionado por la atmósfera de la indiferencia, puesto el cuello bajo la espada de la volubilidad, el poeta hizo un juramento:

“Cuando de nuestro amor la llama apasionada
dentro tu pecho amante contemples extinguida,
ya que sólo por tí la vida me es amada,
el día en que me faltes, me arrancaré la vida”,

y lo cumplió. Supo pagar a la indiferencia con el desprecio; se apagó solitario, trémulo, como una música caída en el oleaje imperceptible de una fuente, y determinó el comienzo de la inmortalidad para su alma “ébria de luz y enferma de infinito”:

“... fué en un poniente mágico de púrpuras y oros,
con música de brisas en los pinos sonoros...”

SELECCION:

Canción de tedio

*¡Oh, vida inútil, vida triste,
que no sabemos en qué emplear!
Nos cansa todo lo que existe
por conocido y por vulgar.*

*¡Nuestro mal no tiene remedio
y por siempre hemos de sufrir
la cruel mordedura del tedio
y la ignominia de vivir!*

*¡Frivolos labios de mujeres
nos brindan su hechizo fatal!
¡Infeliz del que oyó en Citeres
la voz del Pecado Mortal!*

*Vuelan las almas amorosas
hucia los ojos de abenuz,
e igual a incautas mariposas
quemán sus alas en la luz.*

*Pero no tienta al alma mía
dulce mirar o labio pulcro....
Yo pienso en el tercero día
de permanencia en el sepulcro.*

*Tras de los éxtasis risueños
con luna y aves en la brisa,
se deshucen nuestros ensueños
como palacios de ceniza.*

*Tened de amor el alma llena
y perderéis en la aventura:
eso es hacer casa en la arena,
como nos dice la Escritura.*

*Incurriable, sólo el fastidio;
siempre es el viejo spleen eterno.
El negro luyo del suicidio
es la antesala del Infierno.*

*Idealiza, ten el anhelo
del águila o de las gaviotas;
ya volverás al duro suelo,
Icaro, con las alas rotas....*

*Un palimpsesto es nuestra vida:
Dios en él borra, escribe, altera....
mas la última hoja es conocida:
una cruz y una calavera....*

*Señor, cual Goethe no te pido
la luz celeste con que asombras:
dame la noche del olvido:
yo quiero sombras, sombras, sombras....*

*¡Estoy sediento, no de humano
consuelo, para mi aflicción:
quiero en el lirio de tu mano
abandonar mi corazón!*

*¡Como una inútil alimaña
que se arroja lejos de sí,
anhelo arrancarme la entraña
que palpita dentro de mí!*

*Y con aquella calma fría
del que un precipicio no ve,
iré a buscar mi paz sombría
no importa a dónde...., pero iré.*

Aniversario

*¡Hoy cumpliré veinte años: amargura sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre,
de razonar con Lógica y proceder según
los Sanchos profesores del Sentido Común!*

*¡Me son duros mis años—y apenas si son veinte—;
ahora se envejece tan prematuramente,
se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos,
que repentinamente nos encontramos viejos,
enfrente de las sombras, de espaldas a la Aurora,
y solos con la esfinge siempre interrogadora!*

*¡Oh, madrugadas rosas olientes a campiña
y a flor virgen!—entonces estaba el alma niña—,
y el canto de la boca flava de repente
y el ver sin motivo era cosa corriente.*

*Iba a la escuela por el más largo camino
tras dejar, soñoliento, la sábana de lino,
y la cama bien tibia, cuyo recuerdo halaga
sólo al pensarlo ahora; aquel San Luis Gonzaga
de pupilas azules y riza cabellera
que velaba los sueños desde la cabecera.*

*Aunque yendo despacio, al fin la callejuela
acaba, y estábamos al frente de la escuela
con el "Mantilla" bien oculto bajo el brazo;
y haciendo, en el umbral, mucho más lento el paso.*

*Y entonces era el ver la calle más bonita,
más de oro el sol y más fresca la mañanita.*

*Y después, en el aula, con qué mirada inquieta
se observaban las huellas rojas de la palmeta
sonriendo, no sin cierto medroso escalofrío,
de la calva del domine y su ceño sombrío....*

*Pero, ¿quién atendía a las explicaciones?...
¡Hay tanto que observar en los negros rincones!*

*y, además, es mejor contemplar los gorrones
en los hilos; seguir el áureo derrotero
de un rayito de sol o el girar bullanguero
de un insecto vestido de seda rubia o una
mosca de vellos de oro y alas color de luna.*

*¡El sol es el amigo más bueno de la infancia!
¡Nos miente tantas cosas bellas a la distancia!
¡Tiene un brillar tan lindo de onza nueva! ¡Reparte
tan bien su oro que nadie se queda sin su parte!
Y por él no atendíamos a las explicaciones;
ese brujo Aladino evocaba visiones
de las Mil y Una Noches de las Mil Maravillas
y beodas de sueños, nuestras almas sencillas,
sin pensar, extendían las manos suplicantes
como quien busca a tientas puñados de brillantes.*

*¡Oh, los líricos tiempos de la gorra y la blusa
y de la cabellera rebelde que rehúsa
la armonía de los peinados maternales,
cuando íbamos vestidos de ropa nueva a misa
dominical, y pese a los serios rituales,
al ver al monaguillo soltábamos la risa!*

*¡Oh, los juegos con novias de traje a las rodillas,
los besos inocentes que se dan a hurtadillas
a la bebé amorosa de diez o de doce años,
y los seducidos roces de sus rizos castaños
y las rimas primeras y las curtas primeras
que motivan insomnios y producen ojeras!....*

*¡Adolescencia mía: te llevas tantas cosas
que dudo si ha de darme la juventud más rosas
y siento como nunca la tristeza sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre!....*

*¡Hoy no es la adolescente mirada y risa franca,
sino el cansado gesto de precoz amargura
y está el alma que fuera una paloma blanca
triste de tantos sueños y de tanta lectura!*

T E L M O N . V A C A

Con "el claro clangor de los clarines" que dijo Remigio Romero y Cordero podría anunciarse la producción general de Telmo N. Vaca. Solemnemente, triunfalmente, a paso de camello con jibas andinas van sus versos, plenos de sonoridad, ambiciosos de plenitud, preñados de cumbres. Alas, alas, alas son el espíritu del poeta bolivariense; y esas alas sinfonizan estruendosamente, a veces con estrépito, en la carga de huracán que llevan. Se parece a Gonzalo Escudero en esto, y también a Rémy y a Chocano y a muchos otros cóndores. En lo que se diferencia de ellos es en una casi contradictoria paradoja: lo grande en Vaca no vive sino juntado a lo pequeño; es el sol y el rayo perdido, diminuto, del mismo sol; es el granito volcánico y la plantita que tiembla a los pies de él; es su alma poderosa y las tinideces o delicadezas de esa misma alma. De aquí se ha originado

una novedad extraordinaria, difícil de hallarse en los poetas más o menos uniformes en la grandiosidad o en lo mínimo. Quizás sea que Vaca se intime en estas aparentes contradicciones, o que vayan sus ojos a una visión tan desmesurada. O será que en el arranque se carga con algo de la tierra? Vuelan a la vez águilas y colibríes, mariposas y fantasmas, zepelines y hojas secas.

"Hombre: tronco de donde arrancan los siglos
Hombre: tronco de donde arrancan los pueblos
Hombre: catarata de ternuras infinitas
Hombre: campo, cuyos jardines para florecer
buscan rocíos de amor...."

"Hombre-Poeta: caja de horizontes luminosos;
das a la piedra suavidad de pechos...."

"Tus campanas
arrecan las sombras
y dan a luz pueblos libres.
Colombia nace de la fogata de tus ojos".

Y el canto, a más de gigantesco y sutilmente minucioso a la vez, casi siempre suena rebelde, combativo, épicamente triunfal. No se cansa con el sangrante espoleo de la conquista; no se hincha de vacuidades sino de clarines; se harta de heridas a igual que de pendones; levántase en estruendos, sopla sobre el cenit, inunda en iris la carrera y luego se arroja en el océano infinito de las plenitudes:

“Reviента la bomba del sol en los riscos de la nube,
y los potros del viento
hacen llamar los cascós
en la baldosa blanca de las tímidas estrellas”.

“... los cóndores han cogido en sus garras
y en la tenaza de acero de sus picos
la cinta de los rayos,
y en sus alas besadas por la escarcha
perforan el espacio
y llevan sus pupilas estiradas sobre el mundo”.

Una luz tan amplia, un miraje tan desorbitado, no podía contenerse en los amurallados márgenes de la versificación tradicional. Vaca, rebasando todo límite, hace el verso que quiere, como mejor le parece, de cualquier dimensión y de la sonoridad por donde se encauce mejor su libre derroche. También esta forma aumenta quilates de originalidad a su obra; y por lo mismo hay más sonoridad que musicalismo en las composiciones. La imaginación se le desborda con los prodigios luminosos de las cascadas, y del estrépito brota reverberante una poesía a plena orquestación naturalista. La metáfora cunde con la insistencia de la nieve en las cumbres, el grito va retumbando hasta dar en lejanías de un silencio trémulo de emoción, de la fatiga de las cordilleras brota lloroso el rondador, adentro de los surcos de libertad caen los abrazos de las tierras vírgenes, asómbranse

las soledades eternas, y ruedan y ruedan, cabalgando en ilusión, hasta los peldaños de cuanto podría suponerse postizo en un arte purísimamente sincero y creador.

El acaudalado desborde imaginífero se engendra en este pocta desde la visión naturalista hasta la repercusión interior. La naturaleza ecuatorial hace millonarias las imaginaciones y las conciencias; por primor de riqueza han surgido Chimborazos y se han encaminado Amazonas a la conquista del océano. Vaca es, pues, ante todo, paisajista, de lo nuestro, andino, selvático; se enrosca en el cuadro como marco viperino, hierre al bosque con grito de pantera, y, gran revolucionario, grita a guerra fundado en compasión: grito de justicia, salmodia de liberación, flechazo mortífero a los asesinos del hombre: la miseria, el dolor. En la zona de la riqueza ubérrima no se puede ser sino socialista; Vaca lo es, porque todos deben hacerse dueños de cuanto necesiten. Aquí más que en otros rincones del mundo, es clamorosa la explotación del hombre al hombre. El paisaje, pues, le hace apóstol y al mismo tiempo le ocasiona la visión del futuro, proféticamente, con clarinadas de juventud:

“..... Los tambores
anuncian libertadores.
Pichincha; Chimborazo, Tungurahua,

hacen gargarismos con truenos de cañones épicos
y se iluminan como lámparas de sangre
para barrer las nubes y agrandar los cielos.
En la lejanía
se anuncia ya la aurora: por
tras del negro lomo de la nube distante
brilla el beso del primer albor
del día....”

“Volcanes: retenes de la cordillera.
Sus gargantas hacen gárgaras de trueno
para asustar a los pueblos;
para lanzar proclamas al Norte
y a los viejos continentes”.

En el fondo de su gran himno, y como aparición rara, subterránea, sobresale a veces una lastimada tristeza, ya de nostalgia paisajista, ya de recuerdo, ya de vestigios del amor a la mujer; generalmente para en la queja, amarga o valiente, y también asoma en los labios la sonrisa burlona, como si por encima de todo, hasta del amor, viviese el cariño al ideal estético. Claro que el poeta nunca se queda en aquel dolor, antes reacciona de súbito, cual si despertara de sueños. Psicológico es que así se reaccione en presencia del gran paisaje o de la gran protesta. Vaca no podrá nunca ser poeta del amor, por llevar adentro un corazón andino, y el amor se acurruca en una celdilla que llaman hogar.

"Y el recuerdo de antaño
a manera de piadoso engaño
tiene para las almas dulce sabor de vino y mieles".

"Cada mujer
es una sembradora de cruces en la vida".

"Bien pudo Ella
vendar la "herida" con sedas de "piedad",
arropar nuestras luchas
con bandoras de energía;
bien pudo con la nieve sin sombra de sus manos
refrescar nuestra tostada sien,
y para nuestra sed de viajeros sin reposo
ofrecer las vertientes de su amoroso pecho....
Matemos el Recuerdo!"

Pero por sobre todo lo que otro puede
decir o sentir de un poeta, está lo que él
mismo ha expresado de sí:

"El sino del poeta es hacer de la Vida
un himno de energías, de amor, de ideal".

".....como el niño quiere un carricoche
yo quiero la dulzahina
de un rayito de luna".

"El poeta sinfoniza su canción....
por los soñadores que extienden su mano
y reciben sólo las blancas escarchas de la desilusión".

“Pero la fuente
... por toda protesta
canta con más dulzura,
en primavera de himnos, sus himnos de armonía.
Y Dios le dió al poeta
milagrosamente
esta virtud secreta
de la fuente...”

SELECCION:

Himno a la Tempestad

*¡Hora de primavera!
Se duerme el río azul;
la cordillera
es un sueño de esmeraldas
bajo un cielo de apacible luz.*

*El cielo: fondo infinito de una campiña sin orillas;
los campos: juegos de bellas alfombras naturales;
y el mar, divino, majestuoso, inmenso,
tiene encadenados los espantos
en su seno.*

*Pero, la Tempestad
se hace de pronto:
revienta la bomba del sol en los riscos de la nube,
y los potros del viento
hacen llamear los cascos
en la baldosa blanca de las tímidas estrellas.*

*El horizonte
cubre sus pupilas con párpados de niebla;
y el puño del monte
se venda con sombras de crepúsculo,
y amarra los huracanes desbocados
en el tronco de las rocas.*

*(Así, la serranía,
en esta hora,
con los montes bañados de alquitrán por las distancias,
finge un borroso cuadro de ciudades góticas....)*

*El río se hincha oscurecido
y se arrastra, silbando como un bou,
por la cintura de la tierra.*

*Los riscos, muchachos de piedra,
en el balcón de la montaña,
hacen volar los papelotes de las nubes
con cordeles de rayo.*

*El mar, acorralado por las costas,
lanza rocas de rugido al cielo,
que rompen las jaulas de humo
del relámpago.*

*Es la naturaleza que aúlla,
es la naturaleza que aúlla
tal un lobo iracundo
a todas las ventanas del vacío.*

*El mar: tumba de todos los orgullos;
el mar: puma espoleado por la tempestad,
manolea la jaula
de la tierra, porque quiere saltar
para romper el cielo con sus zarpas!*

Entramos a la Soledad

I

*Solemnemente,
sobre una anda de zarpas estiradas
entramos en el Reino de la Soledad.*

*Queman en nuestras sienes
la ingratitud de las "masas" y Partidos
y la burda ironía de los rebaños del Talento.
Pero, cómo luce el penacho del Himno immaculado!
La conciencia: ánfora de luz, como una estrella!
Se agiganta nuestro espíritu
tal un turbión de gloria
crestonado de brasas!*

*Entramos a la Soledad,
a escuchar solos nuestro ritmo interior;
y a forjar el zepelín de llamas
de nuestra obra,
para lanzarlo a un vuelo por el mundo!...
Soledad! Nosotros y el Dolor!*

II

*La Soledad
es anchurosa y honda como nuestros pensamientos,
como nuestras quimeras;
y alta como nuestros sueños.
El Silencio
simboliza en Azul la Humanidad.
Y el Hombre se hace fuerte como el roble,
y da al tronco de su cuerpo
consistencias de junque.*

III

*Sólo en el campo del Silencio
podemos ser campeones de la época:
jugar fútbol
con la pelota del sol
o ejercitar
polo o malabar
con las estrellas.*

*Y luego,
cuando ya seamos solos,
a igual de la montaña del Ande
que glorificó Don Simón con su Delirio,
comenzaremos también nosotros,
silenciosamente
a empujar con la cabeza*

EL INFINITO.

M A D R E S E L V A

“Mientras duerme el instinto, seré alba....
blanca.... blanca....
cruzaré por las sendas sin pisotear la escarcha,
sin rozar los zarzales que la túnica arranca,
sin que la tentación me detenga en la marcha.

Cuando el lobo despierto, y la carne me grite,
cuando estalle la fuerza de una ley implacable,
cuando toda la dulce mansedumbre se agite
y desborde mis fuentes el destino insondable,

iré hasta él.... qué triunfo, como regia vencida
alardeando de casta, rendirine a su cariño,
dejar que tome en mí su Derecho la Vida
y como flor de fe me ofrende con un niño.

Así canta Madreselva, la delicadísima,
valiente y apasionada poetisa ambateña. Y
canta como la Ibarbourou y canta como
Mary Corylé y canta como la Sansores. Con

más, que con toda la sencillez de ellas y con todos sus arrobos amorosos, derrocha un arte todavía espontáneo, ajeno a cultivos técnicos y a sutilezas de estética.

Fortificada en una intimidad fecundamente robusta, hace del desco una melodía constante, virtuosa. No es sin embargo el deseo que se tortura, ni el que se queja; hay en él ante todo altisonancia de felicidad, sinfonía de esperanzas. Callar el deseo habría sido pecado, ocultarle hipocresía; darle todo el colorido, fiarse de él como de un edén, guarecerse bajo su amplio ramaje significan vocación artística de alto elogio para Madreselva. El deseo es la aurora de la permanencia vital en el mundo y los primeros pasos del infinito camino de la existencia. Por más que la poetisa quisiera desviar, como ha desviado a veces, su canción a otros parajes, no lo conseguirá, porque es mujer sincera y es mujer joven que lleva de par en par abiertas las alas de la ilusión. Qué importa un desengaño, si por las cumbres no hay sino serenidad, dominio siempre y siempre perpetuidad de luz? Ante este presentimiento ella no domina su desco, ni hace por encaminarle; le alienta, le reaviva, ingiere llamas aterciopeladas y en la exaltación canta a la felicidad del amor; a la felicidad de dos:

pronuncia el nombre de la Patria, pero por encima de todo va agitando las alas tranquilamente, con majestad de ave valiente, a lo Crespo Toral, a lo Pompilio Llona.

Las poblaciones pequeñas, las en que el ruido del progreso y el aturdimiento de la vida moderna no ha plantado aún su bandera, esas ciudades ignorantes de los bullicios, de las preocupaciones mercantiles, dormidas aún en el recuerdo plácido de los tiempos y recostadas al sol para disfrutar de la atmósfera tibia, sin preocupaciones, sin esfuerzos, blandamente echadas en la vía de los años esperando la hora del despertar; esas ciudades que hallan todo sencillo, para quienes la sinceridad es el pan universal, y la honradez el fruto de todos los árboles, en donde las noticias de trascendencia tienen la importancia de los cataclismos, para las cuales cualquiera presencia extraña es admiración y no pocas veces homenaje, y la vida ajena es espejo en que se miran todos los vivientes, esas ciudades necesariamente producen corazones románticos. Los amores de los que allí viven y nunca han salido por otros mundos siempre guardan sellos infantiles: un beso en la frente tiene ya matices de profanación, ver a la amada es suficiente aunque ella no nos vea ni nos hable, estar respirando a la distancia los vientos en que se diluyó su aliento basta para aquietar la sed

interior que nos apasiona. Y el matiz principal de todo amor es allí la queja, el dulce verter de lágrimas; nadie que ame pinta francamente la sonrisa en sus mejillas, nadie que se halle amartelado ceba al viento su canción de triunfo y las sonoridades de la esperanza cercana a la realización; el corazón romántico ve todas las luces de color violeta, encuentra con pasmosa fecundidad todos los lados tristes de los hechos: ambiciona, ambiciona sin cesar, es insaciable, y en vez de luchar alegremente, seguro de la victoria, llora de deseo, se pone en todo momento quejumbroso, quisiera tomarlo todo de una vez, y como eso no es posible, llora infantilmente por el dulce que está colocado a una altura a donde no se alcanza. Así son siempre los amores de las villas soñolientas; amores tristes, de místico respeto, devotos, a veces matizados de locuras, dominados de un espíritu de virginidad pueril. Es inevitable sentir así el amor en esas poblaciones; no podemos desprendernos fácilmente del influjo del medio y menos del poderío que tiene sobre nuestros espíritus el ambiente. Somos una flor del paisaje, caminamos por las sendas que hay en el terruño de nuestras emociones, nunca llegamos a imponer a nuestro espíritu sueños que nunca fueron entrevistos por los ojos del cuerpo; las ideas vienen de los sentidos; la sensibilidad se enriquece de lo vivido;

las pasiones son el eco de los deseos que brotan del yo amalgamado con el paisaje, con la historia propia, con los ensueños que a su vez son la esencia de lo más bello que hemos encontrado al paso.

Por esto la obra de Mercedes Martínez es esencialmente romántica; y ella sinceramente lo declara:

“Pobres canciones que con débil pluma
he trazado en mis horas de tristeza,
van a esfumarse, cual doliente bruma,
por el espacio azul de la belleza”

Pero esos amores notamente quejumbrosos, e infantiles, están sobre todo en quienes no han entregado todo el sér al estudio y a la meditación. Mercedes Martínez ha cultivado su espíritu, ha hecho el esfuerzo de los corazones generosos impelidos por un ideal, se ha lanzado a las conquistas de la inteligencia por medio de la educación en la lectura. La vida le ha enseñado una parte, la otra parte la ha tomado de los libros; si a esto se añade la influencia del paisaje y la honda impresión que deja la vida vivida, tenemos ya la figura completa de la mejor poetisa nortefía: una flor romántica puesta en el jardín emparedado de las normas clásicas. De allí su serenidad, de allí sus entusiasmos,

ya de empresas generosas, ya de voces de aliento, a sí misma, a los demás, pero siempre reprimidos, amoldados a la sobriedad que pedían las escuelas antiguas, inmortalizadas ya para bien de la humanidad vibrante. Nunca la emoción en nuestra poetisa alcanza a la amplitud y a la inmensidad a que llegan los horizontes de la libertad. Es difícil ver en esos versos el brote espontáneo y robusto de una sinceridad despreocupada: la regla, la ley está por debajo de todo; hay que someterse a lo severo del acento, y de la rima, y de la numeración silábica, y hasta es preciso encerrar en cada estrofa una idea completa; así lo establecieron los maestros Q. E. P. D.

El Ecuador ha tenido un gran poeta, Crespo Toral, y ha ejercido un principado en las letras nacionales. Ese influjo ha llegado hasta Mercedes Martínez: es su discípula sin ser parnasiana; y la suerte, o la justicia, ha querido que los hombres se juntasen en las primeras páginas del tomo "Alcíes".

En general el tema preferido de la poetisa es el amor: la vida se refleja siempre en la obra. Parece que las últimas producciones de la cantora han sido preferentemente dedicadas a sus amigos; ahora es el amor de la amistad su predilección, no el amor del amor,

que seguramente pasó; dejando huellas o llevándose juventudes. Ese es el determinismo de la existencia para muchas almas

“Nada más tengo, amiga, que ofrecerte,
que las flores ideales de mi canto,
inspiración que rompe
unas veces en luz, las más en llanto”

“Te canto por ideal y por discreta,
porque oculta cual tímida violeta,
no te ostentas del mundo en el vergel,
ni corres cual las almas pobres, vanas,
tras las frívolas máscaras humanas
que lucen sólo risas y oropel”

Y luego vienen las poesías “Para ella”, y las dedicadas a doña Ángela P. Carbo Maldonado, a la señorita Victoria Vásconez C., a Clara Stela, a Rosaura Emilia Galarza, a María Torres Frías, etc. Qué de misterio hay en esta alma? Qué mágicos pétalos de ensueño se deshojaron para siempre, qué desilusión le dieron los hombres, el amor a ellos, esa dulce religión que es la más sincera muchas veces en la vida? Por qué ese volver de los ojos hacia la mujer? Para los amores al hombre sólo tiene ella frases de recuerdo, habla sólo de los tiempos que fueron, de lo que pasó sin dejar la miel de las abejas en la

colmena de la pasión Qué terribles son las tragedias de las almas! Por qué hay unos versos en "Alelúes" que se titulan "Virgen Triste"?

Callemos ante los misterios de la vida.

CARLOS DOUSDEBES

Leyendo a Carlos Dousdebés, se siente una sed infinita de amor, una nostalgia dolorosa de querer: su espíritu juvenil se entretiene en llamar constantemente a las caricias, su ensueño pinta labios y cabecitas "rubias como los rizos del trigo", su voz habla de la "flor de los sonrosos", de la "gota de llanto que brilla como estrella". Su canto todo es de amor, de un amor delicado, filosófico, torturante, nunca desalentado, de vidente, a lo Neruo, a lo Kempis; diluye sus esencias interiores en remansos de espuma tornasolada y hace brotar armonías cuando hay "mañana azul en el ciclo y en el alma". Y su amor es de sinceridad, como de niño, como de inocencia o de inconciencia voluntaria, cae sencillamente sobre el césped a manera de aljófara, rueda con suavidad como suspiro sobre los pechos, y dice calladamente, al oído:

“...mis dos ensueños lejanos:
el de besar tus ojos
y el de mirar tus manos”.

Por qué amó tanto él a las rosas, al cielo estrellado, al agua soñolienta y diáfana? No son los amores el perfume espontáneo de la sinceridad del alma? Quién cuando adora puede mentir, si es que en verdad adora?

Las rosas tan bellas cuanto efímeras, la estrella tan lejana y temblorosa, las aguas virginales y frías; un amor de añoranza, doloroso, amor de fascinación mágica, amor profundo e imposible.... Así aman las almas caídas en el mundo como pétalos que se resisten a morir en el polvo; así es la pasión de las músicas que huyen del violín pulsado en la soledad. Para ellas cada flor es un beso de novia, cada astro solitario una mirada lánguida y suplicante, cada estanque mudo alguna pena honda que se debe callar; ellas vagan por los caminos buscando piedrecillas brillantes, acuden al arroyo para saciar su sed y no la sacian porque se quedan contemplando a las burbujas blancas. Esas almas son el labio de la flor que nos revela su confidencia; por ellas el fru-fru de la seda dentro del capullo no se esconde en lo imperceptible.

Envuelto en los perfumes de un jarrón con rosas y margaritas, en la hora callada de

la noche, silenciosa, religiosamente devoto, he estado en donde él escribió su inmortal "Navidad". Parecíame tener muy cerca, muy adentro del alma, la trémula vibración de su aliento exaltado por el arrobo poético, creía ver clavados en el misterioso cielo del papel unos ojos húmedos, soñadores, grandes con el constante mirar a lo sublime, tristes por el continuo herir de las "espinas en flor".

Un día el poeta tuvo que partir, muy lejos, más allá de los mares, a países que soñamos, que queremos adivinar, que talvez los creemos pintados de azul. Cuántas veces él debió soñar en esa lontananza sugestiva, cómo debió amarla, y cuánto hubo de desearla! Llegó el momento del adiós; partió; pero unos ojos santos se quedaron llorando, unos ojos enfermos de amor y unos ojos ancianos: los de Ella y los de la madre.

Acaso la madre y la amada no son un mismo corazón, un mismo cariño, una misma sed de felicidad para el hijo y amado?

Todos tenemos que llorar, pero los poetas gozan con el llanto, cristalizan cada lágrima y la guardan en el joyel de sus altas ternuras; para esas almas la tristeza es una lontananza descada, un vago repicar de campanas conocidas: allí se deleitan, alégranse tomando las pequeñas dosis de veneno que les alimenta.

Muchas veces dan pasos de audacia sobre terrenos de sonrisa alentadora: crean lo que no sienten, producen optimismo y grandiosidad; pero los poetas enfermos de nostalgia, nuestros poetas, pronto vuelven a sus jardines de muaré.

El dolor en los versos de Dousdebés nunca llega a la queja, las almas grandes no se quejan, siguen adelante, como las rosas llevando sus propias espinas, como el viento llevando su propio gemido:

“Este camino es de espinas,
pero da penas divinas
con sus espinas en flor....
Y aquél sendero florido
sólo da flores de olvido
en sus ramajes de amor”.

Carlos Dousdebés lleva en el corazón un misticismo sincero, elevado. Muchas mañanas “azules”, salía a pasear por los campos, con un compañero muy fiel y muy querido: La Imitación de Cristo; pasábase largas horas meditando y contemplando, su espíritu y la naturaleza se unificaban con ese amor unisono a la Divinidad; y de regreso a su casita tan amada, escribía, escribía largamente, todo lo sentido, todo lo hallado. Por eso su inmensa sinceridad, por eso la transparencia de su alma sencilla.

Pero su espíritu religioso no alcanza a desligarse por completo de lo terreno; Ella, la amada, esa obsesión de todos los corazones sinceros, entra en la plegaria, como entran los ojos en lo que hablan los labios:

“La nube que subió fue la de mi alegría....
Por qué cae la nieve de la melancolía
sobre la flor más pura de mi ilusión, Señor?”

SELECCION:

La mejor caridad

*Hace ya mucho tiempo que no escribo mis versos;
los pienso, los hilvano y los echo a volar
por rutas tan distintas y sitios tan diversos
que ni mi propia brújula los podría encontrar.....*

*¡Para qué la escritura de recónditas voces,
para qué el griterío de la publicidad!
si el silencio absoluto da más íntimos goces
y es callando que hacemos la mejor caridad.....*

*¡Para qué repetir lo que dice al oído
la divina voz baja que nos viene a buscar,
que nos habla en secreto, con dulzura, sin ruido
de palabras, sin ansia baladí de brillar!*

*Si alguien busca mis versos no sabrá que son míos
ni que yo los traduje de una voz interior.....
mas quien halle su clave, sin error, ni desvíos,
hallará en mis estrofas el divino fulgor!....*

Navidad

*En esta noche me he sentido niño
y he puesto en la ventanu el corazón,
por si el Viejo Noel traiga un cariño
y lo ponga en lugar de mi ilusión.....*

*Mas..... ¡quién sabe!... ¿cendrá la caravana
de Navidad para quien pide amor?....
¡Si es tan desconocida mi ventana!
Sólo entra en ella el sol por la mañana
y sólo sale de ella mi dolor.....*

*Bajo la azul diafanidad del cielo
vuelan ensueños en mi corazón.....
Los astros hacia mi tienden su vuelo
como si fuera su mejor anhelo
mirarse en el cristal de mi balcón.....*

*Sólo un recuerdo de dolor me asiste
siempre se aleja lo que fué mejor.....
Lloremos hoy por lo que ya no existe:
es tan dulce tener el alma triste
cuando está lleno el corazón de amor.....*

*Cae la nieve de color de armiño
azotando el vitral de mi balcón.....
Pasó el Viejo Noel sin el cariño,
dijo que había un corazón más niño
y se llevó para él mi corazón.....*

ANTONIO MONTALVO

El parnaso, Rubén, el gran paisaje andino y el simbolismo francés que en buenas palabras se definía diciendo "de la musique avant tout", son las grandes influencias en el espíritu inicial de Antonio Montalvo. Influencias lejanas, a modo de indelebles visiones o de cicatrices íntimas, nunca en un sentido de discipulismo o de agremiación; porque el alma de este poeta ambateño va corriendo hacia el ideal con pasos de estética propia, cosa obtenida gracias a una dolorosa y dolida divagación objetivista, ya del ambiente en las serranías, ya también de las intimidades que se callan para revestirles de hermosuras exteriores. Y no olvida lo observado ni lo sentido; guárdalos para hacer con ellos la reminiscencia sugerente o el recuerdo galante, a veces medio recatado, circumspecto, quebrado por alguna elegancia, a veces intenso, prosternado ante los profanos altares del corazón. En ambas ma-

neras el recuerdo o la sugerencia huyen de alguna queja, de cualquier rencor: acuden más bien a diluirse en las jardinerías, reparando con aromas magnolares las heridas añejas. Protégese así Montalvo de rozarse siquiera con las salpicaduras románticas; suelto en los solos exteriores, retraído a la mirada inmensa de la selva o de los lagos con garzas "plegarías blancas", sediento de embeberse en una alma universal, deja lejos el lloro, se acuerda de Humberto Fierro y de Verlaine, canta con ellos, recorre palacios rubenianos y parques aristócratas, pulcramente se envuelve en la capa de pétalos y aromas que dan ellos, y derrocha su sinfonía con un musicalismo de motivos zorrillanos:

"Dolientes elegías añoveras
huyen de la oración de los rosales
y hay un rumor de dulces madrigales
en el glauco verdor de las praderas.

Pan y los faunos cantan la divina
epopeya de luz grandilocuente
del minuto-apoteosis, tiernamente,
en la paz de la tarde cristalina".

"Tu encanto era ese que en la leyenda
para Allighieri tiene Beatriz.
Llevaba un nimbo de pedrerías
tu coronada frente imperial.

Líricos cisnes—blancos galanes—
iban tu paso cuidando como
si a una princesa fueran gallardos
regios guardianes”.

Parece la poesía de Montalvo una brisa sonora que, recogida en un vórtice marino, se aquieta y se entibia poco a poco a través de la selva, recaba de los oteruelos tal cual afanado licor, peregrina a regiones nuevas, pasa entre montes y picachos encanecidos, motiva su exaltación en el propio impulso, y se mete al fin a las regiones altísimas en cuyo azul se diluye, se pierde, se esfuma místicamente. En todo momento ha trinado la canción vaga de la mar, de las frondas, de las cumbres y del azul, sin pararse con alguna especial melodía, y sin fragmentarse con el rayito de algún lucero suplicante. Como Vaca juntaba lo grande con lo diminuto, Montalvo hermana todo, grande o parvo, con un sentido universal, genérico. Hay tendencia a lo cósmico; no son captados los gorjeos al salir de las gargantas de las aves, sino cuando ya se han mezclado todos en el himno de los aires. Es una forma nueva de percepción, que ensancha el espíritu, que engrandece las pequeñeces del mundo, por razones de una fantasía soñadora inmensamente plástica. Por esto que sería difícil enmarcar esta poesía en determinada tendencia. A primera impresión el poeta

parece débil; estudiándole luego se halla en él un miraje desorbitado, un franco amor a todo, sin excepciones ni recortes.

Claro que una forma tal de poesía iba a parar ante todo en la narración. Se describe también narrando, y es ésta la manera más categórica; pues así se mantiene lejos a cualquiera impresión fotográfica, últimamente tenida por muchos como creacionista. Esto no introduce un naturalismo o realismo exclusivista, que lo colocaría a Montalvo entre muros parnasianos, antes al contrario esa fuga de la realidad por la universalización, a pesar del sentido narrativo en muchos de los poemas, ligán bellamente lo objetivo con lo fantástico, creando la originalidad del canto. Narración a manera de leyenda imaginativa, concepción progresiva y universal, plasmogenia de realismos ya en disgregación hacia nuevos seres, perforan de todos modos cualquiera tradición:

“Ya está bajo los cielos límpidamente azules
el sol de los ardientes furros de verano
quemando la bermeja carne virgen del llano
los amplios valladares, los huertos de abedules”.

“La niña, flor de luz, de la mañana
como una virgen flor de iris garzules
abrióse, toda rimas y abedules,
cuando el sol, rey galán, cantó su diana”.

Esta forma narrativa le coloca a Montalvo de cuando en cuando al borde de la inspiración de Remy Romero. Hay poetas que se parecen de tarde en tarde, por influencia o por tonalidad de colorido. Sin embargo Antonio se desliga de los demás para florecer su propio canto. Cuántas veces le he visto solitario, abismado en los follajes de la Alameda de Quito, rimando sus pasos con el chasquido de las hojas muertas y salmodiando sus ojos inquietos con la tentacular ternura de la luna. Su próximo libro "Camino" será un luminoso concierto de luciérnagas gigantes.

SELECCION:

El Trópico

*Recuerdo de mis días en el trópico..... cuando
caracol de mi cuerpo, mi espíritu veía,
nostálgico de nieves y olor de serranía,
morir a un sol de sangre en el azul, cantando.*

*Yungla, la jungla brava sensual y capisosa
encendía la noche con luz de sus reptiles
y era una pirotecnia con alas y candiles
la fronda del cacao y de la pomarrosa.*

*El mirtho florecido, poeta y buen feligre
acentando sus flores en la brisa oportuna
conjuraba a su novia romántica, la luna
para enlunar la trama selvática del tigre.*

*Pero era en la canticula fragante del estio,
cuando los gallinazos de azul estaban hartos,
que en las orillas frescas, soñando los lagartos
tragábanse el crepúsculo fantástico del río.....*

*Allí, pescados de oro bronceado las montuicias
—sirenas de las ondas vernáculas, sirenas
hieráticas y lindas—sobre las aguas rubias
retorcían sus torsos de las pieles morenas.*

*A veces deshílábase la luna en blancas hebras....
Daba el cuervo sus gritos y las ranas los suyos
mientras la romería de luz de los cocuyos
iluminaba el silbo de amor de las culebras.*

*Belleza en la noche hórrida y en el fulgor del día:
bajo cielos de añil y el horizonte gualdu
un vuelo luminoso de loros de esmeralda
regaba en el espacio su loca sinfonía.*

*Y era alegre la risa de los amaneceres
destapando sus pomos sensuales de fragancia.
Las palmeras elásticas, como lindas mujeres
desnudas bajo el cielo cimbraban su elegancia.*

*La selva mismo daba su himno de maravilla
y en la hora azul del ángelus romántico o maganto
era bello tumbarse sobre hamacas de encanto
y hundir los sueños íntimos en humo de vainilla.*

La niña de nácar

*La niña de nácar y oro:
carne de luna amasada
con roja carne de rosas
diecisiete años románticos
espiga garzul su cuerpo
lagos de amor sus pupilas
con el sol de su melena
va encendiendo la mañana.*

*Sirena de mar sin aguas
en el río de la calle
pescadores los transeuntes
redes de ilusión la arrojan
pero la sirena corta
con sus vírgenes miradas
—dagas de luz de dos filos—
la maraña de las redes.*

*Y así va: linda hierática
azul de ensueños azules
perfumando orquídea viva
los vientos de la ciudad.
Si sus ojos decapitan
los deseos en tormento
con el sol de su melena
va sembrando claridad.*

JOSE RUMAZO GONZALEZ

Muy contados poetas tendrán en el Ecuador la originalidad, la imaginación, la técnica estética y el poder de inspiración que José Rumazo González.

“Estréchame,
que yo sienta tu mano que me besa,
estréchame
hasta que quede la piel blanca,
la piel, exangüo, impresa,
hasta que sienta el miedo
de que la mano se me arranca,
hasta que dejes mi piel mordida
por cada dedo
y que toda mi mano sea una herida”.

Estos versos, tomados de su primer libro “Proa”, marcan el primer impulso, los aleteos iniciales. La intensidad, lanzada a todo arranque, cargada de vida, de entusiasmo, quemada en luces polifónicas, inunda todos los

poemas con brillos de estrellas y con clarinadas de sobresalto; no hay detención posible, ni estancamiento: a cada verso corresponde un nuevo iris trémulo, bañado en aurorales rosicleres, cualquiera nueva idea, con el estupor del derroche en donde nace, se deshoja voluntariamente para alumbrarse a pleno sol.

Diáfana es esta primera producción, en el sentido de comprensión inmediata, como desearían muchas mentes aún no adentradas en la velocidad del siglo; la metáfora hace de fuego interno para avivar la idea, reverberando a intervalos, diademando la santidad de la emoción, echada en carretera para florecer los pasos de la belleza. Algo de sentido simbólico se descubre también, sobre todo en los horizontes íntimos, de leyenda cuando recuerdan el recuerdo, de savia sangrante si se quemán en el brasero del corazón recién herido, de caravana majestuosa cuando atalayan los futuros collados.

Es una gama del deseo esta poesía. La turgencia del pecado ha quedádose abrazada al olvido; llueve sólo un deseo ultraespiritualizado, con clamor de bronces que rebotan contra la carne porque la encuentran pequeña, interrogante más que exaltada, irredenta, a popa de la plenitud; de aquel deseo constructor de emociones toma rumbo de cuando en

cuando cierta melancolía diáfana, imprecisa; reconciliase ésta luego con la ofrenda del futuro, sube más peldaños, divisa el enjambre de nuevas inspiraciones, les descubre con mimos de novias recientes, y sigue adelante, a brincos a veces, con un formidable laboratorio de poesía en el alma. Este deseo, siempre anhelante, de bruces sobre la inmensidad, con las fauces abiertas a todos los vientos, esponjado de vibraciones, relampagueante, en vértigo creador, se impone a todo, navega por todo, emerge en todos los mares. Si la mujer nimba con frecuencia aquella exaltación, el aliento de los montes, el monjío de los claustros, el terremoto, los senderos del altiplano, las espigas, el ave, las manos de las mozas que "van de caña en caña", los rediles que "se encierran a lo lejos", la lluvia, el charco que "está hecho farol", vuelan también por esas velocidades íntimas, sustrayéndose al hervor quemante del corazón femenino:

"Pasó el sembrador que de lejos venía
y llegó a aquellos valles que quería sembrar,
pero encontró la tierra de esos valles muy fría,
la tierra de esos valles muy dura para arar.

Talvez vuelva algún día por la simiente muerta
a los valles malditos sin calor ni humedad,
a pedirle su sangre a la arena desierta,
quizás vuelva de alguna muy lejana ciudad".

“Con un casto deleite mis ojos mendicantes
engendraron en tu alma muchas almas viajeras,
ya no puedes quedarte con tus pies caminantes,
tu sendero violeta principió en tus ojeras”.

“Recentales con manchas en paladar y hocicos....
los lleva el rabadán al pasar los paulares
colgados bajo el brazo.... y al tramontar los riscos,
chotillos sin marmellas maniatados por pares....”

“Proa” señala el arranque inicial, con atisbos definidos ya, de la obra futura. Desbórdase ya la imaginación en aquellas páginas, y con inquietud sobresaltada, intenta varias formas, numerosos géneros, sin siquiera preferir el antañero romance y los cantares:

“Las yedras se han lastimado
los codos en la arquería
al pasarte mi recado
poniéndose de puntillas”.

“La niña llora de congoja
por la estrechez del anillo;
la sangre del dedo, qué roja,
el oro también, qué amarillo....”

Y hay un poema en ese libro, en cuya linfa espeluznada corre en oleaje la originalidad: “El poema del orate”. Esto marca definitivamente la vanguardia estética de José Rumazo González. El escalofrío araña

al cuerpo, los nervios se esparcen deshilados; es ya la impresión subconsciente, el traslado del alma del orate al espíritu del artista:

“Siloé, Siloé, oé, o é.
Una rueda granosa de esmeril
dentro de la boca la O, la o.
Salta en cáscaras
toda la dentadura
y las palabras, chispas....
oé, o é.

Orate, loco, orate,
orate fratres”.

El poeta es quien ve la hermosura, la capta, la recoge, *la educa* y la vuelve a colocar en el mundo, ha dicho Souviron. La poesía de José Rumazo González, revelada ya plenamente en su segundo libro “Altamar”, está rebotante de hermosuras educadas hasta la perfección. Aquella primitivista sencillez, aquella pupila caduca que en muchos soñó sólo con espontaneidades, han sufrido la tiranía de una población: el refinamiento estético. El arte sentimental se ha intimado con el cerebral, para crear arte nuevo, originalísimo, con prepotencias de futuro. Es el torbellino sometido a la técnica espiritual, no a la clasicista de la forma únicamente; es el arbo sistemático, de voces suaves pero infalibles,

ancladas a veces en témpanos astrales, en otros casos nautas de alguna mar con corazones de coral.

Hay ahora una tendencia fuerte, venida de Rusia y de otras partes, cuya orientación son las masas: se pretende que el arte ha de manifestarse ante todo popular. Juan Ramón Jiménez contestó ya: "a la minoría siempre", y lo hizo con más de treinta volúmenes de versos, todos ellos consagradores en definitiva. Se discuta o no, el arte es de selectos, de los que tienen más alma que el resto; las mayorías admiran, casi siempre sin comprender, por instinto, y no sólo en el arte. Este significa una gran perfección espiritual, y únicamente para él se pensó: comprender es igualar. Pregona bellezas con ondas diáfanas, sensibles a los receptores que ya se han espiritualizado mucho; alumbra con una irradiación zodiacal imperceptible para los más; disuélvese en un gran oleaje, y su temperatura flexible más que el alicento hace temblar las hélices de algún vuelo suprasensible. Por esto que el gran rebaño protesta de los nuevos, porque no llega hasta sus almas altas; no concibe un arte inmenso, si no es captable fácilmente, como no concebiría una alta matemática, una metafísica esencial, una fórmula de química. Qué significará para los que no se han preparado una metáfora doble, triple, cuádruple,

una traslación doble, una o varias omisiones tendientes a dar saltos en la idea, a fin de crear poderosa, rápida, la síntesis? Los que hacen número viajan por las carreteras generales; el poeta de vanguardia, en el momento presente, va de cumbre en cumbre, relámpago de la idea o de la emoción, engranaje de espacios, salpicadura estelar.

“Altamar” es un libro difícil, por comprimido, por excepcionalmente original, y más que todo por el alto vuelo de la imaginación y de las técnicas. Establece nuevas formas, inventa sin cesar, se aprovecha de la visión múltiple pero simultánea, engendra el “ante-poema” que es “para que el espíritu se pare y vean los ojos la llamada”, salmodia como David e inventa la “resonancia” que es “disyunción del tema, disgregación para una nueva creación aludiendo y explicativamente a la estrofa principal y fugándose de ella”, hace del poema una “técnica de la hipérbole, facetando la visión, yendo siempre a lo sustantivo, con un miraje copulativo antes que con uno epidérmico, a base de perspectivas para que de allí nazcan las proporciones”, y por fin aparecen las “voces extranjeras” que “son lo sugerido, lo que se mira al frente desde las ventanas, la voz que llega desde allá sin que podamos acercarnos”. Y no se detiene la creación en esta omnipresencia espiritual, en

esta captación plena, multiforme, solar, cernida sobre las bellezas como las ondas hertzianas. Había que inventar algo más, un elemento constitutivo más, correspondiente a ampliaciones de tanta magnitud: nace la "anfimetáfora". Corresponde la anfimetáfora a un instante de creación: dos visiones, reales o no, se van a separar, ambas parten del mismo tronco, de un mismo verbo; el espíritu va a tomar una sola, y se producirá una idea sencilla; si toma ambas, para conservarlas como han aparecido, se hará una comparación; si las funde a las dos, para revelar una tercera que esté en contacto con ambas, habrá una metáfora; pero si se las conserva juntas, tomando la ampliación de ambas, sin disgregarlas, sin transfundirlas, sin compararlas, observando una doble imagen, haciendo de la una una realidad y de la otra una intención, un deseo, se forja un nuevo estado estético: la anfimetáfora:

"Recuerdo de un arpegio en marea de bajos, bajos de escala y bajos donde encallan veleros; en sus notas profundas tuvo el clave el marco de una marea hembra, golfo en música náufraga".

"Sueño de dos bemoles, noches de arpa encerradas, ah la escala del piano que llega hasta los cielos, fuera del ataúd, arpa libre que cantas...."

La objetivación clara, la emoción sentimental, correspondieron a otros siglos. El arte corresponde siempre al tiempo; de ahí que el de ahora sea complicado, trabajado con buriles, prodigiosamente veloz, metafórico, científico. Nunca ha sido más cierto que el placer humano es comprender. José Rumazo González está produciendo una poesía de estética pura, que es preciso *comprender*.

SELECCION:

Monjes

*Ojos alucinados de monjes medievales,
manos que van tentando en los claustros nocturnos,
cuando en las madrugadas de grandes festivales,
caminan a los coros taciturnos....*

*Miembros adelgazados
como ramas
de árboles agostados
que se salvaron de las llamas;*

*miembros enjutos sin la turgencia del pecado,
brazos de gesto largo, fecundo,
que quisieran abrazar a todo el mundo,
como si todo el mundo fuera un recién llegado*

*Brazos que se levantan como antenas
con las serpientes verdes de sus venas,
cuerpos vestidos de liturgia y celo,
grandes salmos ambulantes
que caminan
pasos de terciopelo
después que ante un altar se disciplinan.*

*Carne impoluta
con savia espesa adentro
que ni muere ni brota;
ambos pómulos secos y cada mano hirsuta
Manos recias saliendo con el gesto al encuentro
de la idea remota
que germina en el alma, irresoluta,
y florece en la carne como en naceta rota.*

*Labios delgados de una cera amarga
hecha con hez de flores;
porque fue el corazón en su agonía larga
por los secos nectarios de sus viejos amores.*

*Labios de cera que se reblandecen
junto a las ascuas de los incensarios,
labios que se humedecen
en los confesonarios
para hacerse más suaves
cuando pronuncian las sentencias graves.*

*Ojos alucinados
con la luz de las criptas y de los bautisterios,
que pasan perdonando los pecados,
rezadores mentales de salterios.*

*Hondas, negras ojeras, por pecados veniales,
ojeras conventuales,
hormacinas deratadas para los ojos santos
cucadas por la gubia de los llantos.*

*Monjes . . . monjes . . . yo he estado en vuestros santuarios
como un hachón apagado
oyendo los rebatos de vuestros campanarios,
mas humean todavía las pavesas de mis huesos
con ese vaho pausado
de los rezos . . .*

*Monjes, llevadme por vuestras naves,
recitando misereres y plegarias,
y que crujan mis nervios, como os crujen las llaves
de vuestras celdas solitarias.*

*Monjes,
vuestras sombras sagradas
quebraron las aristas de todos los peldaños,
rozando las pisadas
de otros años.*

*Vuestras sombras sagradas
se pusieron de pie en los paredones,
vuestras sombras,
hojas negras combadas,
en las gruesas columnas, en las altas alfombras,
se pusieron de pie en los paredones . . .*

El barco hebilla

*En el empeine del río
se hebilla el barco.*

*El agua, barco adelante,
va dando pasos . . .*

*Golpea al mar el tejado,
se va hasta adentro.*

*El río juega a la mar,
la mar, al río.*

*La marea la sandalia
se cuelga al hombro.*

*Amor, ponte la sandalía,
seré tu barco . . .*

r e s o n a n c i a

*Se lo vendió una arbolita
que hubo amores con el sándalo.*

*La sandalia es de raso verde
con un bordado de cantos....*

*Una ballena se enarca,
como una gatita en celo.*

*Fuga de unos hojos grandes
entre aguas de dos destinos....*

*ELLA dice que la ha visto
en una isla de lotos.*

*TU jugarás a la mar,
yo al río y mar, a entrambos....*

Saeta

*Reverbera mi espíritu
en diademas de agua.
Los rayos de la luna
se hacen bucles temblados
para caber adentro
del corazón sufrido....*

*Y tu cara ovalada
modulando la elipse
se desata en los ojos
y se anuda en el ceño.
Y tu cara ovalada
como un tímpano viene
desde un ártico muerto
toca el alma y se vuelve....*

*No me mires con ceño.
En las diademas de agua
flotan las sugitarias....*

A n t e p o e m a

No lo sabía. Lejos de todo ámbito, la Prometida. Me había visto. ELLA, meollito de panal, rudimento de mis nervios, pompa del jabón con que se lavan las olas, pompita en que se hacen de colores las ventanas, porque está preso en ella todo mi aliento. Me había visto..... Y sin llamarme, su voz. Porque sabía que me llegaría, su voz.

Los vientos atlantes se fueron a dar la vuelta a la tierra, pero sigue el órgano cantando, con una falta de aire, con una falta de sí mismo, como en las alturas perpetuas.

Organo ya de nieve con tubos de volcanes.

Y cómo me llegará su voz entre el canto de la tierra? La Prometida, el fuego..... Pero la llama crece con el aire, el órgano.....

Con voz cordilocuá de escucha:

La Prometida

*Barquero, ya está hecho el barco.
Lo hice sin mirarte a tí.*

*Con un dolor que está en alto
hecho flor del eucalipto.*

*La noche está madrugando.
Quiere alquilarlo. No quiero.*

*Un pájaro volandero
irá remando con alas.*

*Sobre el agua que tú duermes
te irán besando los rumbos.*

*La noche salió mojada
porque se cayó a tu sueño.*

*Por aquí, sí, por aquí,
por esta vega de novias.*

*Con las sombras que nadaban
de unos pinos ribereños.*

*Lo hice con tumbos clavados
y volví a mirarte a ti.*

*La luna recién nacida.
Ni le envuelven en pañales.*

*Un pájaro bogador,
sus alas serán las velas.*

*Sueño celoso del agua
porque a él no le duermes.*

*No le quise dar el barco.
Se fué chorreando rocío.*

*Barquero llévame a mí,
yo hice sin mirarte el barco.*

l a v o z e x t r a n j e r a

*Hice el barco:
con las sombras que nadaban.....
con un dolor que está en alto .
hecho flor....*

*Lo hizo así
para no hacerlo sólo del tronco
sino hasta el alma del ramaje,
lo hizo así
porque el dolor es flor
de nuestras fibras, de nuestras maderas.....
lo hizo así
para hacerlo de alma y no de cuerpo de los árboles.*

La noche está madrugada

*Después que estuvo anochecida.
La noche es una sola.
Un solo reverso del tiempo.
Se muestra cada día.*

Sobre el agua que tú duermes

*En vez de dormir su sueño
duerme su agua.
Sueño, elemento del cuerpo,
agua, elemento del alma, mar océano.*

AURORA ESTRADA Y AYALA

Es dolorosa, como los demás del grupo Hermes; a sabiendas sangran los vértices de su corazón; un aroma triste vaga por los recodos de su almario, devorando las inquietudes de la noche. Nadie sino la vida le desintegró tanto, remeciendo las más íntimas flores de ilusión; a su paso se codearon los diamantes para saetearle; unas burbujas lunares le torturaron la visión; el aliento temblante de las flores le bautizó desde el principio con altísimas ternuras, y la sandalia del blanco peregrinaje sintió muchas veces la espuma de la travesía. A cada entresueño de vaporosas visiones, a cada cita con rosas o con néctares, a cada acecho de traslucos más claros, correspondióle la existencia con la voz de una lengua fatigada: la de la nostalgia.

Y sin embargo, la poetisa siguió sus rumbos serenamente, señorialmente, como la aurora de su nombre, sin marchitarse por el

lloro de la escarcha, sin detenerse sobre los pétalos difuntos, pero rezando por ellos la plegaria pura. Su gran tristeza fue siempre elegante, dominada, perpleja talvez, errabunda aún como las llamas violetas, y en todo momento volcada quietamente en neblina inmaculada. No es posible que se abata, ni que trote el vencimiento hacia cualquier despeñadero; esas torturas carcomieron a los Silvas, a los Borjas, a los Noboas. Aurora Estrada culminó sobre aquel ahogo, sonando dulcemente las campanas de una navidad imperturbable, alentando en la media vía el clamoreo de los pasos fatigados, rompiendo hasta los ligámenes de las madreselvas para dejar que viese el árbol. Y alcanzó, no pocas veces, a dindanear las campanas pascuales, en luminoso triunfo, tornasolando el amor y la victoria. Es la pálida cera virgen que alumbra catedrales, o la luna nueva que festeja las ternuras de los novios, a pesar de las soledades en que ella se desvela.

Vida derrochada en emociones ha sido la suya, a la madrugada de la juventud, en el arrobo a mediodía, en el nectario del hogar, ahora que ya casi no dice versos, mañana que continuará girando sobre los muchos oleajes de la belleza inmortal. Su primera gran tortura fue la vida que se negaba a dar vida:

“Como frutos malditos del árbol del pecado
en el pecho pendientes mis dos senos están,
mis senos que estremece el latir alocado
del corazón ansioso en espera de Adán.

Son dos copas de carne que la fatalidad
siendo fuentes de vida cruelmente las segó....”

Entonces reverdecieron los demás ensueños: la luna, “pálida bohemía, astro-cadáver, hermana”; el dolor de afuera: “tengo piedad de todo, y pienso en los infantes que no verán alzarse la frente de la aurora en el rosado cielo”; el hombre:

“El es quien da a mi rostro coloración de cera,
él quien pinta en mis ojos el cerco de la ojera
y me deja en los labios sabor de eternidad”.

“Es como un joven dios de la selva fragante
este hombre hermoso y rudo que va por el sendero;
en su carne morena se adivina pujante
de fuerza y alegría un mágico venero”;

la “Princesa vagabunda del parque sideral,
la clara luna”, el árbol, el divino árbol que
cantó la Mistral, que es el más esplendoroso
símbolo de muchas vidas y de algunos espíritus,
el árbol que “sigue soñando con la estrella”
y que “morirá soñando”; la semilla, el
gran símbolo del darse para fructificar; la
casa en ruinas “blanca como una niña anciana

na que saliera a tomar el sol". Después, la vuelta reverente al yo, iniciado por el deseo que es el horno en declive hacia la fecundidad:

"Mi carne.... cáliz fino en que palpita
el impulso ancestral, hondo y salvaje,
como una Primavera que dormita
soñando florecer en el paisaje".

"Sórbeme el alma, Amor, en un beso infinito,
como el sol a la gota de lluvia cristalina;
inmólame a tus ansias con el fervor de un rito
~~secreto~~ celebrado por voluntad divina";

la inconciencia, regada de vértigos por el deseo, tronchada sobre un derramamiento rumoroso de colores:

"Adormecen mi carne aladas ideaciones
y en éxtasis espero el formidable grito";

la plegaria luego, doncella tímida ante la magnitud de las cosas: una plegaria, alba de cariños, libélula que anuncia las plenitudes del lago, barco que va corriendo a la altamar de las ternuras:

"Oh sendero divino constelado de gemas,
vía péleste que llevas hacia un arcano fin,
voz mía que entonas el mejor de tus poemas
dulce de llanto y honda como un mago violín";

y en la cima, el arrobó del amor, húmedo de pupilas, abrazado a guirnaldas de besos, en gran peregrinación de incienso, chispeante sobre cristales de caricias; amor que bulle, que hierve, vuelca copos blancos en un remanso tibio, que lastima a la mañana tarareando algún rumor de alas:

“Vengo plena de amor,
ebria de ensueño.
En un silencio acogedor escúchame.
Toma entre tus manos mi cabeza,
alza mi frente pálida a tus ojos
y sorprende en los míos extasiados
el anhelar recóndito....”

o más intensamente:

“Yo siento que me ciñen sus anillos ardientes
collares misteriosos de encantadas serpientes:
un dios me está imprimiendo su fulgurante huella”;

hasta que, con un simbolismo extraño por
intenso y leal, siente presentimientos lúgubres:

“Llora sobre mi pena tus lágrimas más puras
—tiembla en mis manos débiles el cáliz de la vida—
Esta noche, Adorado, escuché las oscuras
voces que desde ha tiempo me llaman de ultravida”.

Estos días de la existencia no le han dado el supremo licor, ni siquiera talvez las desplegadas ternuras; por eso se queja, delicadamente, sufre los fatalismos, y al fin, entona la última cita:

"Ni llanto ni reproches. Nada fecundaría el Sahara inmenso y triste. Y eres así. Dolida pero serena te hablo y ni esta angustia mía ha de volver mis pasos a la mansión perdida".

SELECCION:

La senda

*Amor: la senda blanca nuestros pasos espera,
la contemplan los ojos atrayente y fatal;
muestras dos juventudes ebrias de Primavera
hoy la emprenden alegres sin saber el final.*

*Bajo las dulces frondas se oye un millar de trinos,
hay frescos manantiales que apugarán la sed;
mas las flores esconden entre su seda espinos
y el Mal teje en la sombra su misteriosa red.*

*Serenas fuentes claras en que beben las aves
Extraños manantiales de linfas cenagosas
Espinas en la alfombra de los céspedes suaves
A nosotros nos toca hollar sólo las rosas!*

*Y nada nos detiene Por la senda avanzamos
confiados entonando la divina Canción.
La Vida quiere ofrendas y nosotros dejamos
en sus manos abiertas un cáliz de pasión.*

*Y la senda es muy larga, la seguimos a tientas;
quizá nos sorpretemos cuando acecha el Dolor
Pero ramos unidos y todas las tormentas
nos hallarán serenos por gracia del Amor.*

*Soy débil y me apoyo temblorosa en tu brazo,
tu voz me arrulla el alma como un canto de cuna.
Amado: A mi tristeza el cálido regazo
de tu ternura es suave como la luz de luna.*

*Mi canto hará más bella la quietud de la senda,
beberás en mis manos el agua viva y pura;
si te hiere enemigo, como sedosa venda
mi cuidado ha de darte infinita dulzura.*

*Tú sé como el amparo de un árbol melodioso
a cuya sombra sueña bajo la tarde riente
o llévame en tus brazos, ceñida al ardoroso
rubi trémulo y rojo de tu entraña doliente.*

*Amado: Bajo el cielo sereno o tempestuoso
acancemos, amándonos, sin temor a la Vida,
para que al acogernos el seno del Reposo
contemplemos sin pena la senda recorrida.*

Quando llueve

*De una obsesión extraña mi espíritu poseo
en la noche poblada de imprecisas visiones
cuando la lluvia entona su monótono rezo
percibe dolorosas, raras lamentaciones.*

*Y pienso en los rosales que habrán de deshojarse
como una nieve alfombra sobre el helado suelo
y en los rubios infantes que no verán alzarse
la frente de la aurora en el rosado cielo.*

*Tengo piedad de todo mientras afuera llora
la lluvia monorrítmica con voz inquietadora
sumergiendo mi espíritu en angustia innombrable.*

*Y sufro por los muertos que sienten bajo tierra
—ese lecho sombrío que a nuestra Nada aterra—
filtrarse hasta sus huesos la lluvia inevitable!*

JORGE CARRERA ANDRADE

Tiene ya diamantizado el cuarzo de su producción poética. Intensamente, medio desbordado, a veces inquieto, a veces agitado por gritos extraños, pero siempre con pie de caminante, vibra ya con los bloques que se empuñan en las cumbres.

Inicióse con los neo-románticos nuestros, y su primer andar sufre el sortilegio de la mujer amada, con cuya ausencia los paisajes íntimos se le volvían nostálgicos, salpicados hasta de perlerías imitadoras del llanto. Después, ha pasado por tantos jardines, se ha aljofarado con tan variados perfumes de sándalos, de inciensos, de cipreses y de tornasoles, que aún el amplio tazón de su almarino ha corrido con el polen de los vicetos.

Ahora, señor ya de la vida, olvidado ya de la extraordinaria inquietud que es la bohemia, mesurado, grávido, casi codeándose con la filosofía, nimbado de centellas imaginíferas,

con el un ala sobre los huracanes de los Andes y con la otra sobre el griterío culto de Europa, golpea más hondo para cavar las tierras del arte, planta mejor los postes de sus conquistas, y como los pacientes holandeses, acaba las horas del día en facetar piedras preciosas, condensación de luz y de peso.

Han dicho que adentro del espíritu lleva un no sé qué de Renard y Bonnard, de Alejandro Peralta, de Tablada, de los aquilatados chinos, y hasta matices de un futurismo indio. Quién no lleva en el alma algo de los demás? El aislamiento produciría la máxima pobreza del alma. Pero si Jorge anduvo por aquellos campos, tan gemelos de los suyos, ni por asomos les imitó, ni en el colorido ni en las grandes líneas. Micropoemas han hecho muchos: es una forma antigua; microgramas como los de "Boletines de mar y tierra", los hay sólo en Carrera Andrade, a base de metáfora, de filosofía, de sarcasmo elegante y de sonrisa. Esto es suyo, sólo suyo. Y no se trata de artificios de corozo, porque la miniatura no es lo mismo que la idea grande, inmensa, vasta, generosa, reducida al corpúsculo de un rubi que sangra:

"Ostión de dos tapas:
tu cofre de calcio
guarda el manuscrito
de algún buque naufrago".

De los microgramas, que es lo más pintado de sus últimos avances, el gran poeta quiteño torna a las rutas americanas, en donde el indio pregona ingenuidades y humildad, el animal levanta los cascos con cariño "trayendo noticias del cerro" en la carga de viento que porta sobre los lomos, las segadoras "echan un zumo de sol en las morenas vasijas", y la tierra, esta bendita tierra, "vestida a cuadros, está prisionera de cuatro hombres hasta el último azul del horizonte". Aquí surge el recuerdo, cargado de garúa tempranera, y dolorosamente espasmo un vaho cóncavo sobre el corazón ausente. Hay al fondo de los poemas indios descripción viva, fulgurante, en cascada de sonidos y de cromías, pero muy sutilmente, a las calladas, se filtra la tortura, o la compasión:

"Trabajando en la hacienda del cerro
les habrá cogido el temporal".

Luego se acercan, y hablan al oído con caprichosa insistencia, el mar y la tierra, en salmodia cuando se acercan, en canción de lejanía si el uno se ha olvidado de la otra. No se reconoce sino aparentemente una visión subjetiva; no hay la antigua descripción, ni menos el paisaje consiste en un estado de alma, según las aficiones romantizadas. Lo que prima son los mirajes de comparación,

internos y externos a la vez, policromos, con grúas que levantan todas las impresiones hasta el balcón emocional. Y no la comparación en símil, sino digerida, contactada, en chisporroteo metafórico. Entran a la danza las voces antiguas y las nuevas:

".....la ventana
conversa con los charcos de la tierra,
con los espejos niños de las habitaciones
y con los tejados en huelga.

Desde su altura, las ventanas
orientan a las multitudes
con sus arengas diáfanas".

"En un marco pescador
los muelles en la mañana
fuman activos al sol.

Cinco de oros. *Diagonal*.
Sube el Tibidabo al cielo
al són del funicular";

y contagiadas del vértigo del siglo, sugiere antes que cuenta, vuela antes que se encumbra, salta más bien que camina, da brochazos dispersos antes que acaricia o pule, colecciona y no pasa cerca, da lecciones en apariencia dispersas y deja aparte la cronología visual. Es el arte nuevo, tumulto, vocinglería, atropello de gorjeos, cascada, reloj desconcertado y

robador del tiempo, dragón que sorbe las distancias sin medirlas, casi sin pasar por ellas.

El gran poderío de Jorge Carrera Andrade surge de la imagen. Imagen condensada, químicamente pura, de luz derrochada y de onda corta rutilante. Imagen con todas las células de emoción. En esto va muy por encima de muchos, porque en éstos la metáfora carece de emoción, constituyendo sólo malabar o ingeniosa travesura:

“Era un anillo de dolor
la línea ecuatorial
en el dedo del corazón”.

“De la misma madera de la cruz
estaba hecho el arado”.

Pone una base técnica general: el sustantivo; no adjetiva sino para aumentar luz y calorías. Una estética sustantiva adquiere relevante solidez y pulsa directamente las realidades: trepará a la cumbre, olvidada de las dormidas faldas. Es la manera de canto de Lorca, y es la antítesis de César Arroyo. Telmo Vaca va por uno y otro camino, por ejemplo, lo mismo que Reyny Romero y Cordero y al igual de Mary Corylé. Jorge Carrera Andrade sigue de andariego por los meridianos de la alta poesía siglo veinte.

SELECCION:

Corte de cebada

*En un cuerno vacío de toro
sopló el Juan el mensaje de la cebada lista.*

*En sus casas de barro
las siete familias
echaron un zumo de sol
en las morenas vasijas.*

*La loma estaba sentada en el campo
con su poncho a cuadros.*

*El colorado, el verde, el amarillo
empezaron a subir por el camino.*

*Entre un motín de colores
se abatían sonando las cebadas de luz
diezmadas por las hoces.*

*La Tomasa pesaba la madurez del cielo
en la balanza de sus brazos tornasoles.*

*Le moldeaba sin prisa la cintura
el giro lento del campo.*

*Hombres y mujeres de las siete familias,
sentados en lo tierno del oro meridiano,
bebieron un zumo de sol
en las vasijas de barro.*

Indiada

*La garúa del monte
hace chillar las últimas candelas
rotas en resplandores.*

*Los comuneros llevan la mañana
enredada en los dientes de sus hoces
hacia la tierra baja.*

*En el vaho de los ponchos serranos
colorados como manzanas
aletean las voces y los pájaros.*

*Hacia la tierra gorda de gavillas,
en el ala cóncava de los sombreros
baja el viento del páramo.*

*Los caminos arrieros conducen en la noche
en los carros del aire
racimos de canciones.*

*La indiada lleva la mañana
en la protesta de sus palas.*

Habitante de la meseta

*Venado:
tu Ojo es una burbuja del silencio
y tus cuernos floridos son agujas
para ensartar luceros.*

Saludo de los puertos

*Hombre del Ecuador, arriero, agricultor
en la tierra pintada de dos climas,
conductor de ganado sobre la cordillera,
vendedor de mariscos y banano
en la costa listada de luces y de mástiles,
cultivador del árbol del caucho
y dueño de canoas en el río Amazonas,
yo te mando el saludo de los puertos
desde estos paisajes manufacturados.*

*Amsterdam de chocolate:
los zuecos de las barcas en el canal hortelano,
casitas peinadas y limpias
como sirvientas educadas
y un aire muy perito en la jardinería.*

*Hamburgo azucarado de nieve
con su pipa metida en la funda del Elba,
el lenguaje marítimo de las grúas chillonas
y la alegría naval
de los astilleros fundadores de colonias.*

*Marsella de barcas pintadas
con el color de los trajes de los hombres de color;
los vendedores de pescado
saben las canciones de las cinco partes del mundo
y se eriza en las mesas la piña del África
al lado del melón cosmopolita,
las aceitunas negras
y el fondo submarino
preparado en conserva.*

*Trenes equilibristas
sobre los puentes afilados de la noche.
El convoy atraviesa la cascada del alba.
He aquí hasta la mitad del cielo
París, el primer puerto de los hombres:
Muelles del Sena con su pesca de libros;
Luxemburgo, paraíso de las nodrizas;
Torre Eiffel, la jirafa de las torres.*

*Mi salud canta oyendo los aviones
de la primavera internacional
aserrar la madera preciosa del cielo.
Estoy en la línea de trenes del Oeste
empleado en el Registro del Mundo,
anotando en mi ventanilla
nacimientos y defunciones de horizontes,
encendiendo en mi pipa las fronteras
ante la biblioteca de tejados de los pueblos
y amaestrando el circo de mi sangre
con el pulso cordial del universo.*

JORGE FERNANDEZ

Tiene veinte años. No hace versos, pero crea poesía, con un lirismo rasgado por relámpagos a veces dolorosos. En la trémula palidez del cadáver vivo o muerto, en los pómulos desencajados de la noche, dentro del alma de un pedernal que se queja por agotamiento, hasta en el pulso vacilante de una red rota, introduce las delicadezas de su espíritu, para exhaustrar emoción, para vivir su juventud de visiones trágicas, como son todas las visiones de la juventud que se inicia con alma, porque el mal de la vida se presenta así, esque-lético, nocturnal, amenazante. La literatura rusa, las quejas de las masas que con ser poderío de millones gritan hambres de pan y de redención, el problema religioso, directa o indirectamente recibido o combatido, el sayal con que visten los ensueños de un marcado idealismo, han ido forjando la conciencia

y la subconciencia de este espíritu, detenido hasta hoy tan sólo en las riberas undosas del cuento.

La poesía es el tejido sobre el que van bordándose las escenas, realistas con abultamiento sensitivo. Un lirismo pleno hace de corazón a las palpitaciones de cuanto se cuenta, lirismo invencional, metafórico, resumido en múltiples anhelos, filosófico sin lógica, campana tañida de torre en torre y de nube en nube hasta las últimas encreujadas del silencio: "la Morgue, la noche: la una despedazando cuerpos para buscar la luz; la otra destruyendo la luz para formar lo absoluto, la obscuridad indiferente" "los árboles inmensos, espiralados, se elevan con el deleite de la altura a punzar los párpados cerrados de la noche"

Cree el poeta en la herencia subconciente, como "sedimentación interior"; déjase influir fácilmente por los tentáculos de la biología moderna. Pero su balanza consciente aún carece de fiel; duda, sin hacerlo metódicamente, tiene los ojos con dirección a todo, capta con máxima inquietud, se evade de mucho, principalmente metafísico, quiere corroer la entraña de lo oculto, buseando más con dinamismo de conquista que con lamparilla curiosa. Y hay al fondo de todo, por la

misma influencia del estudio biológico, una vez sexológica, amortiguada sólo de cuando en cuando por la tiniebla de un más allá imposible. La sexualidad espiga demasiado a los veinte años; por esto los tímpanos de Jorge Fernández oyen con insistente frecuencia: mujer, mujer, mujer. Los años le irán engolosinando en otros manantiales, y entonces el primero alcanzará toda la majestad y el arpegio de cánticos serenos que en realidad es.

Pasión, pasión alborotada, sin descanso altera con frecuencia la onda sencilla de la inspiración. Pertenece a los que se escudan con la patología para sacar originalidad; este es su error, porque no necesita de la patología para el éxito de su personalidad. Llegará pronto a una plenitud, cabalgando los potros de la propia imaginación inquieta y hasta torturada.

CESAR E. ARROYO

Al leer la prosa de César Arroyo se siente que un avión gigantesco mueve las alas majestuosamente sobre una policromía maravillosa, dando en vez del ruido monótono del motor una sinfonía millonaria. Es la lírica pura, una lírica romántica, altisonante, derramada abundantemente como aroma de amplios jarrones en el ambiente de harenes colmados de sedería y de surtidores tibios. A lo largo de la frase ampulosa retiemblan crines melodiosas como a lo largo de una brisa enamorada, y el corazón andino se descarga en latidos rítmicos eslabonados con amor.

Desde "Retablo", en donde la fraseología del discurso resucitó entre aplausos hermosas humaredas de incienso, hasta "Manuel Ugarte", en cuyo bruído elogio se lavaron ya bronces de posteridad, Arroyo ha significado uno de nuestros prosadores más artistas, más

poetas. No sólo escribe poesía, sino que la vive, y se engasta en ella con primor de brillante solitario. Señor de la armonía y en contrador de hermosuras en todo, por causa de un amor generoso a todo, cimenta el secreto de sus aciertos en la adjetivación. No es lo que dice, sino la manera cómo adorna cuanto escribe. Su estilo está entre el preciosista churriguerresco y el devoto de las catedrales góticas o romanescas; estilo poético, vibrante, tallado con cariño, suave, sin tropiezos, pleno de burbujas de sol, alucinado a veces, hirviente de imaginaciones, despeinado intencionalmente como la cabellera de las niñas que travesean enseguida del baño.

Todo cuanto es tratado por Arroyo en sus escritos magníficos, se prismatiza multicolormente, por causa de la pasión. De allí ha huido el frío, y también se han apartado las postizas combinaciones técnicas. Poesía espontánea siempre, alada para vuelos altos, no ha salido de las aguas huguianas; es altividente, declamatoria, pomposa; hay que leerle, como a Granada, en voz alta, para vibrar con todo el estremecimiento que lleva esa poesía franca, sincerísima, autosugestionada. Los motivos son de valía secundaria; todo puede servir de material estético; las cosas son una ocasión de poesía, como hace Augusto Arias también. Las ficciones, bogan lo mismo

que las realidades; en todo se oye un gran concierto cuyas volutas sonoras corren por las ventanas del espíritu hasta la eternidad de la emoción. No aparecen metáforas difíciles, ni otras figuras tan al uso entre los más nuevos; sencillamente se vierte en vertiente clara el simil, en comparación directa, con la placidez del caminar de un transeunte. Por lo mismo se imponen las ideas generalizadas, universales, a las que sufren límite. La historia también suministra sus nombres y experiencias para esta creación estética. Y más que todo, por sobre todo, como nube luminosa y luminosa de rayos, está la admiración. En la admiración comienzan los poetas sus cariños; los que no admiran, ni son poetas, ni son humanos: están en camino de estatuas.

Los demás pasos de Arroyo, a través de sus numerosos libros, seguiré en mi próximo libro.

FIN

INDICE

	<u>Página</u>
Mary Corylé	9
Ernesto Noboa Caamaño	17
Los Hermes	29
Humberto Fierro	35
Sergio Núñez	45
Arturo Borja	53
Augusto Arias	63
Remigio Romero y Cordero	75
José María Egas	85
Nicolás Clemente Ponce	95
Víctor Hugo Escala	101
Medardo Angel Silva	109
Telmo N. Vaca	121
Madreselva	131
Mercedes Martínez Acosta	139
Carlos Dousdebés	147
Antonio Montalvo	153
José Rumazo González	161
Aurora Estrada y Ayala	179
Jorge Carrera Andrade	187
Jorge Fernández	197
César E. Arroyo	201

Acabóse de imprimir
en Quito
el 17 de noviembre
de 1932